

Tiempo y presciencia.

Esta monografía, cuyo autor es Jscf, o más abreviadamente Jc (léase "Jotacé"), presenta el fruto individual de un estudio e investigación profundos acerca del tema que se expone, citando frecuentemente de diversas fuentes informativas consideradas fidedignas (al menos por el autor, Jotacé). Y, como toda obra de investigación que se precie de serlo, la presente no puede eludir ser sometida a revisión futura, al objeto de eliminar eventuales errores y refinar las ideas reflejadas. Además, es intelectualmente libre, en el sentido de no estar vinculada oficialmente a ninguna organización académica, benéfica, política, religiosa y así por el estilo (siendo el objetivo fundamental de dicha "desvinculación" el deseo de descargar de cualquier responsabilidad, a las entidades aludidas o citadas, por las erratas y errores que pudieran detectarse en la susodicha monografía).

Introducción.

¿Qué es el "tiempo"? ¿Transcurre o no? ¿Es, su supuesta existencia, un engaño de nuestra percepción? ¿Es lineal o circular? ¿Qué puede decirnos la ciencia física sobre él? ¿Existe una diferencia objetiva entre pasado y futuro? ¿Está, de alguna manera, determinado el destino? ¿Es factible viajar en el tiempo? ¿Es posible cambiar el pasado?

En una primera aproximación en cuanto a aventurar respuestas a estas preguntas, podemos traer a colación el mensaje que transmite la sagrada escritura. Sin embargo, respecto a qué es el tiempo, su definición, poco podemos sacar en claro a partir de lo que se expone en la Biblia, la cual no presenta una definición acerca del mismo; ello puede deberse a que el ser humano es incapaz, al menos al presente, de concebir, con su mente limitada, un concepto de tamaño envergadura, el cual, además, está enraizado en una realidad que supera con creces la débil visión humana del medio físico que nos alberga. Por tal motivo, la sagrada escritura da por supuesto que su lector tiene una idea de lo que es el tiempo, o de que existe esa manifestación de la realidad que denominamos "tiempo", pero prescinde, lógicamente por imposible, de siquiera intentar enredarse en hacer comprender al hombre qué es el "tiempo". En este sentido, puede valer lo dicho en la monografía E-0001 (Erise), página 15, conclusión: «El ser humano es consciente de que existe una realidad que lo envuelve y de la que él forma parte, por lo cual ha tratado de sacar conclusiones acerca de ella mediante estudio y reflexión. No obstante, esa "realidad" se le ha revelado extremadamente compleja y escurridiza desde el punto de vista teórico... El "tiempo" mismo aparenta ser, a nivel popular, un concepto bastante claro para todos, pero deja de ser una simpleza cuando se estudia en profundidad y entonces pasa a convertirse en uno de los retos más complicados para el entendimiento humano».

¿Transcurre el tiempo, o no? Para intentar responder a esta pregunta hace falta, por lo visto, tomar en cuenta que en la sagrada escritura se detectan dos formas, quizás entre muchas otras, mediante las que el Creador se dirige al hombre para adiestrarlo e instruirlo y a las que denominaremos de esta manera: por "diseño creativo" y por "adaptación circunstancial".

En el libro del Génesis se declara: «Y Dios pasó a decir: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza, y tengan ellos en sujeción los peces del mar y las criaturas voladoras de los cielos y los animales domésticos y toda la tierra y todo animal moviente que se mueve sobre la tierra". Y Dios procedió a crear al hombre a su imagen, a la imagen de Dios lo creó; macho y hembra los creó. Además, los bendijo Dios y les dijo Dios: "Sed fructíferos y hacedos muchos y llenad la tierra y sojuzgadla, y tened en sujeción los peces del mar y las criaturas voladoras de los cielos y toda criatura viviente que se mueve sobre la tierra"» (Génesis, capítulo 1, versículos 26-28).

En este relato creativo se informa que Dios creó al ser humano a Su imagen en cuanto a cualidades potenciales de la personalidad, se sobreentiende. Por consiguiente, es del todo lógico esperar que la actividad de la criatura humana sobre el planeta fuera descollante con respecto a los animales y demás seres vivientes, así como que manifestara o reflejara en su trato con esos vivientes las cualidades amorosas que el Creador mismo manifiesta para con toda su obra creativa. Así que cuando Dios le mandó "tener en suje-

ción los peces del mar y las criaturas voladoras de los cielos y toda criatura viviente que se mueve sobre la tierra" no hizo otra cosa que imponerle una instrucción de carácter estructural o por "designio creativo", esto es, de acuerdo a la estructura psicofísica con la que el hombre fue creado. El vocablo español "designio" proviene del término latino "designare", el cual significa "señalar o destinar a alguien o algo para determinado fin o propósito".

También, el Génesis informa lo siguiente: «Y Dios pasó a decir: "Mirad que os he dado toda vegetación que da semilla que está sobre la superficie de toda la tierra y todo árbol en el cual hay fruto de árbol que da semilla. Que os sirva de alimento. Y a toda bestia salvaje de la tierra y a toda criatura voladora de los cielos y a todo lo que se mueve sobre la tierra en que hay vida como alma he dado toda la vegetación verde para alimento". Y llegó a ser así» (Génesis, capítulo 1, versículos 29-30).

Datos procedentes de la dietética y la fisiología contemporáneas corroboran la idea de que la dieta vegetariana es la más apropiada para el ser humano, y que tal hecho es de carácter estructural o morfofisiológico. Esto quiere decir que la estructura corporal o morfológica del hombre presenta una afinidad óptima hacia la alimentación vegetariana, siendo ésta la que más le conviene desde el punto de vista de la salud. Por tanto, parece que es por "designio creativo" por lo que Dios dijo a la primera pareja humana: "Os doy toda vegetación que da semilla que está sobre la superficie de toda la tierra y todo árbol en el cual hay fruto de árbol que da semilla. Que os sirva de alimento".

Así, pues, una instrucción divina dada por "designio creativo" viene a ser una declaración lógica hecha a posteriori por el Creador, en armonía con una estructura creativa realizada a priori por Él mismo y sobre la cual se especifica una orden que debe cumplirse respecto a la misma con objeto de que su funcionamiento sea el óptimo. Esto se podría comparar a la elaboración de un artefacto mecánico de desplazamiento, tal como una bicicleta por ejemplo, cuya finalidad es el transporte de una o dos personas para ahorrarles cansancio y desgaste físico. Puesto que el diseño y la intención a la que se destina el aparato es relativamente clara y precisa, es obvio que el artífice de la bicicleta puede facilitar al comprador una serie de instrucciones que sirvan para optimizar el uso del vehículo. Éstas, pues, serían instrucciones dadas por "designio creativo".

Ahora bien, según el Génesis, parece que el primer hombre fue creado con un vocabulario básico (el cual se supone que tenía características de "designio divino", en el sentido de que le fue dado al ser humano sin que éste lo hubiera elegido), pero el desarrollo de dicho lenguaje, o su ampliación por medio de añadir nuevos vocablos y expresiones, se dejó a criterio y libre albedrío del usuario (del hombre). Posteriormente, Dios se comunicó con los seres humanos acomodándose al lenguaje desarrollado por el hombre, en un acto que podríamos llamar de "adaptación circunstancial". Y no sólo eso sino que, incluso, aclimató su trato con el humano mediante aceptar costumbres que no le eran del todo gratas. Por ejemplo, toleró la poligamia entre su pueblo Israel a pesar de que ésta iba contra el "designio creativo", y la reguló mediante la ley mosaica para evitar los abusos e injusticias de carácter sexual. Respecto a esta cuestión, existe una obra titulada "Perspicacia para comprender las Escrituras", producida por la "Sociedad Watchtower Bible and Tract" y editada en español en 1991, cuyo tomo 2, páginas 342-347, dice en parte lo siguiente:

«Aunque en un principio la poligamia no entraba en los planes de Dios, se toleró hasta el tiempo de la congregación cristiana. La poligamia dio comienzo poco después [de la rebelión edénica]. La primera vez que se menciona en la Biblia es con respecto a un descendiente de Caín, Lamec, de quien se dice: "Procedió a tomar para sí dos esposas" (Génesis, capítulo 4, versículo 19)... Bajo la ley patriarcal y bajo el pacto de la Ley se practicó el concubinato. La concubina estaba en una condición reconocida legalmente: su situación no era de fornicación ni adulterio. Según la Ley, si el hijo primogénito era el de la concubina, recibía de igual modo la herencia que correspondía al primogénito... Sin duda el concubinato y la poligamia permitieron que los israelitas se multiplicaran con más rapidez, de modo que, si bien Dios no los había instituido, sino simplemente permitido y regulado, sirvieron en aquel tiempo para cierto propósito. Incluso Jacob, que entró en una relación polígama por engaño de su suegro, fue bendecido con doce hijos y algunas hijas de sus dos esposas y las criadas de éstas, quienes llegaron a ser sus concubinas... Como ya se ha indicado, la monogamia es la norma original de Dios, restablecida por Jesucristo en la congregación cristiana».

Después de estas consideraciones, retomemos la cuestión que ha quedado pendiente: ¿Transcurre el tiempo, o no? Es decir: ¿Es el tiempo, y su discurrir, una mera ilusión fabricada por la mente humana? ¿O, por el contrario, es algo real? En otras palabras: ¿Viene dado, el tiempo, por "designio creativo"?

Para hallar una respuesta que nos pueda orientar en sentido teórico, de tal manera que nos evite elucubrar infructuosamente, vayamos de nuevo a la sagrada escritura. Ahí, con relación al "cuarto día creativo", se informa: «Y Dios pasó a decir: "Llegue a haber lumbreras en la expansión de los cielos para hacer una división entre el día y la noche; y tienen que servir de señales y para estaciones y para días y años"» (Génesis, capítulo 1, versículo 14). Obsérvese que lo que se narra en este pasaje corresponde al acondicionamiento o preparación del planeta para la aparición más tardía de la vida humana, de forma que ya antes de la creación del hombre, y por "designio creativo", Dios estaba configurando la realidad física de nuestro universo para que en las inmediaciones cósmicas del futuro "jardín edénico" pudiera el ser humano percibir el discurrir del tiempo y hasta tuviera la facilidad de medirlo. Por lo tanto, según esto, es permisible asegurar que el tiempo, y su discurrir, no son meras ilusiones fabricadas por la mente humana. Esto, también, nos lleva a creer que tiene que existir una diferencia objetiva entre pasado y futuro.

Ahora bien, ¿está, de alguna forma, determinado el destino? O de una manera más concreta e implicatoria para nosotros: ¿Está "escrito" ya, de algún modo y en alguna parte, nuestro destino individual y colectivo? Veamos.

Determinismo o indeterminismo.

Si aceptamos la idea de que el tiempo verdaderamente existe como una manifestación de la realidad captable por la mente humana e independiente de la subjetividad conceptual de ésta, entonces nos tenemos que enfrentar a la siguiente pregunta: ¿Sería posible calcular, de algún modo y con gran precisión, nuestro futuro individual y colectivo?

Desde el punto de vista de la sagrada escritura, si tal posibilidad existe ésta queda fuera del alcance de toda criatura humana o sobrehumana; sólo Dios (quien no es una criatura, por razón de no haber sido creado) tendría en su mano tal posibilidad (por lo visto, hay dos maneras en que el Creador puede conocer el futuro: haciendo que se cumpla la profecía, de acuerdo a su propósito eterno; o preconociendo el porvenir con mayor o menor detalle, según el trabajo que se tome en cuanto a ello y según la parcela de la realidad sobre la que crea conveniente efectuar el sondeo predictivo). Por lo demás, la criatura humana, así como la angélica, poseen una cierta capacidad prospectiva o predictiva de carácter débil basada en razonamientos o elucubraciones, y tanto más débil cuanto mayor sea la complejidad del fenómeno a predecir y cuanto más lejano en el futuro se encuentre el mismo; pues se interponen al respecto una infinidad de variables desconocidas que fácilmente darían al traste con semejante predicción (únicamente Dios tiene el poder para controlar esas variables, o para impedir que las que son desfavorables se materialicen).

Según la sagrada escritura, solamente el Unigénito de Dios (la primera persona creada, de rango sobrehumano), a través de quien todo lo demás (aparte de él y del Creador mismo) fue creado (tanto en el universo espiritual o angélico como en el universo material o propio de los humanos), estaría en mejor posición que cualquier otra criatura para conocer el futuro; y, sin embargo, no parece que ello le sea posible a un grado destacable. En efecto, este Unigénito (o Primogénito de toda la creación realizada por Dios, de acuerdo con la expresión que utiliza el apóstol Pablo en su epístola de a los cristianos colosenses, capítulo 1, versículo 15), quien vivió en la Tierra como hombre y fue conocido como Jesús de Nazaret, dijo en cierta ocasión, con relación al momento en que ocurriría el vulgarmente denominado "fin del mundo" (más apropiada es la expresión "fin del presente sistema de cosas mundial"): «Respecto a aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo (el Unigénito), sino sólo el Padre» (Evangelio de Mateo, capítulo 24, versículo 36).

Por consiguiente, a partir de lo que dice la sagrada escritura, hay base para pensar que sólo Dios, el Creador Todopoderoso, posee las herramientas necesarias para conocer el futuro con tanta precisión como quiera y con tanta extensión como desee. No obstante, entender esta capacidad divina y sus reper-

cusiones no ha sido (ni es) una tarea fácil para los teólogos. Llevados por un examen desacertado de la sagrada escritura, a causa de estudiarla desde un prisma filosófico, han llegado a conclusiones completamente erróneas, siendo una de ellas la que se conoce como "doctrina de la predestinación". No todos los teólogos comparten esta doctrina, independientemente del estado general de desenfoque bíblico en el que se encuentren. Ahora bien, si nos tomamos un poco de tiempo para reflexionar en cómo se fraguó dicha doctrina podríamos entender mejor el proceso que ha llevado a la teología clásica (y no tan clásica) a apartarse muchísimo de la realidad que enseña la sagrada escritura.

Al parecer, las especulaciones y reflexiones llevadas a cabo por ciertos filósofos y pensadores de la antigüedad rozaron con mayor o menor fuerza las ideas que hoy día se agrupan bajo la designación de "determinismo" (ésta fue la antesala del determinismo religioso, desde cuyo seno surgió la idea teológica de la predestinación). Quizás hubo eruditos, o sapientes, anteriores a los maestros griegos presocráticos y socráticos que emplearon rudimentarias nociones deterministas en sus razonamientos, pero no cabe duda de que los filósofos estoicos se destacaron sobremanera en este sentido.

La escuela estoica fue fundada por Zenón de Citio (333-263 antes de la EC) en el año 306 antes de la EC, en Atenas. Sus miembros se reunían en un pórtico decorado (stoa) de donde recibió el nombre la escuela. Como el resto de filosofías morales que surgieron a finales del siglo IV antes de la EC, la doctrina estoica estaba centrada en la ética, la cual se consideraba como la forma de vida que permite conseguir la felicidad, identificándose ésta con la "autarquía" (autosuficiencia), la "ataraxia" (imperturbabilidad) y la "apatía" (ausencia de pasiones). Los estoicos creían que para lograr estas metas era preciso dejarse guiar por las "leyes naturales", un orden cósmico que se contrapone a las leyes humanas, meramente convencionales. De este modo, el conocimiento de la razón que nos ayuda a comprender el Cosmos y el conocimiento del Cosmos mismo son los pasos previos para comprender la ley natural y llegar así a la "ética", que consiste precisamente en vivir de acuerdo con la naturaleza. Esto llevó a una división de la filosofía en tres disciplinas, prácticamente idéntica a la que realizaran los epicúreos, a saber: Lógica, Física y Ética. Y como en aquel caso, las dos primeras están totalmente subordinadas a la consecución de los objetivos de la última.

La doctrina estoica afirmaba que la realidad está compuesta de dos principios: una materia inerte, sin cualidad ninguna, y un principio activo, al que denominaban "dios", "logos", "pneuma" o "razón". Sin embargo, este segundo principio no es de carácter espiritual, sino material. Los estoicos concebían el "logos" como una materia muy sutil que se comporta como principio motor y formador de la materia más grosera, y lo identifican con el "fuego primordial". El "estoicismo" es por tanto totalmente materialista, y explícitamente declara que tan sólo lo que tiene cuerpo, lo material, es real. Pero al mismo tiempo integraban en este materialismo algunas concepciones que son más bien propias de teorías espiritualistas. Así, los estoicos consideraban que la armonía del universo supone que existe un principio pensante que lo ordena; y dado que el ser más excelente de la naturaleza es el humano, dotado de conciencia, la totalidad en que se encuentra integrado, el "todo", que es el universo, ha de tener también conciencia, puesto que el "todo" no puede ser menos perfecto que una de sus partes (un argumento "sui generis"). La conciencia de ese "todo" sería el "logos", o Dios. Pero ese Dios es al mismo tiempo el "fuego primordial", una materia muy sutil de la cual deriva el resto de materias más groseras por condensación. De este modo, los dos principios de la realidad serían en definitiva uno solo; no serían sino aspectos distintos de una misma "naturaleza": por un lado el "logos" en sí mismo (Dios), que es la materia activa y sutil (en términos actuales, ésta podría equipararse a lo que se entiende por "energía"), y por otro el "logos" en sus diferentes estados, esto es, la materia ordinaria y pasiva y la extensión. De este modo el "cosmos" es un "todo unitario", material, que se identifica con Dios. Éste es el fundamento de la creencia denominada "panteísmo", en la que Dios es el "todo".

Los estoicos partieron de Heráclito (535-484 antes de la EC) para crear su modelo cosmológico. La influencia de éste es evidente en la concepción de la realidad como un todo armónico formado por dos elementos contrarios que en fondo son el mismo; en la noción de una ley natural única que domina todas las cosas, a la que denominan "logos" y que se identifica también con el pensamiento; en la identificación del "logos" con el "fuego primordial" y, finalmente, en el concepto de "ectopirosis" (conflagración universal),

según el cual el mundo procede en su totalidad del "fuego primordial" y vuelve a él periódicamente, para después surgir de nuevo a partir de dicho fuego, siguiendo la idea tradicional del "eterno retorno" (ésta es una concepción filosófica del "tiempo" postulada en forma escrita, por primera vez en occidente, por el estoicismo y que plantea una repetición del mundo en donde dicho mundo se extingue para volver a crearse; y, bajo esta concepción, el mundo es vuelto a su origen por medio de una conflagración, donde todo arde en fuego; entonces, una vez quemado, se reconstruye para que los mismos actos ocurran una vez más en él). Pero a la vez, encontramos también aspectos que recuerdan poderosamente al aristotelismo, a pesar de que los estoicos se considerasen a sí mismos como una escuela directamente enfrentada al racionalismo de Platón-Aristóteles. Pero la creencia en un orden inteligente los acerca a la teleología aristotélica (la "teleología" es la rama de la metafísica que se ocupa del estudio de los fines o propósitos de algún objeto o algún ser, o bien, literalmente, es la doctrina filosófica de las causas finales; usos más recientes la definen simplemente como la atribución de una finalidad, u objetivo, a ciertos procesos concretos), así como la concepción de una materia inerte por un lado y un principio del movimiento por otro lado. La identificación de ese principio del movimiento con Dios también recuerda poderosamente a Aristóteles. Es más, en su derivación de los seres concretos a partir del "logos", los estoicos dicen que este "logos" contiene en sí unas semillas (los "logoi spermatokoi") que son las formas activas, sin dejar de ser materiales, de todos los tipos de seres que existen, y que se desarrollarán a partir de ellas. Estos "logoi spermatokoi" son semejantes a las "formas" aristotélicas, aunque con carácter material.

La noción de "eterno retorno" está en conflicto con el mensaje que emana de las santas escrituras, puesto que contradice determinadas enseñanzas que se encuentran en ellas. Por ejemplo, con relación al costosísimo sacrificio de Jesucristo, la epístola del apóstol Pablo a los cristianos hebreos primitivos declara lo siguiente: "Él (a saber, Jesucristo) no tiene que ofrecer sacrificios diariamente, como aquellos sumos sacerdotes (bajo la ley de Moisés), primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo (porque esto lo hizo una vez para siempre cuando se ofreció a sí mismo); porque la Ley nombra sumos sacerdotes a hombres que tienen debilidad, pero la palabra del firme juramento que vino después de la Ley nombra a un Hijo (el Mesías), que es perfeccionado para siempre" (Hebreos 7: 27-28; subrayándose "para siempre", en contraposición a lo terriblemente absurdo y desfigurador que resultaría ser el sacrificio redentor de Cristo si fuera verídico el repetitivo ciclo de acontecimientos implícito en el "eterno retorno"; de ser cierto, el propósito divino quedaría mermado y en el mejor de los casos sujeto igualmente a un interminable bucle definido por el "eterno retorno"; y, lo que es peor, el Dios Todopoderoso mismo estaría igualmente sujeto al "eterno retorno", con lo cual el calificativo de "Rey de la eternidad", que se le da en la sagrada escritura, no sería en absoluto apropiado para Él).

Siguiendo con lo dicho anteriormente, el "cosmos estoico" era regido por una ley universal y natural, que se identifica con Dios, y a la vez con la materia sutil (el fuego primordial) a partir de la que todo está formado. Esa ley es totalmente necesaria, y por ello todos los acontecimientos están completamente determinados en una cadena causal sin excepciones. A esa necesidad la denominaron "destino" o "providencia", y la creyeron tan férrea que llegaron a afirmar que los mundos que se suceden tras la ectopirosis son exactamente iguales que los que han existido antes. Es decir, el cosmos tiene un ciclo vital por el cual surge del "fuego primordial", existe durante un tiempo y luego desaparece consumido en una conflagración universal que lo devuelve de nuevo al estado de "fuego primordial". De ese fuego nace otro mundo que repite paso por paso los acontecimientos del mundo anterior: las mismas personas que nacieron en el mundo anterior nacen en este otro mundo, se encuentran en las mismas situaciones y actúan exactamente igual que actuaron antes. Y esto sucede infinitas veces.

Como puede verse, la doctrina estoica es totalmente determinista (el "determinismo", filosófico en este caso, es una creencia común a una familia de teorías que supone que la evolución de los fenómenos naturales está completamente determinada por las condiciones iniciales, de tal manera que las causas primordiales producen necesariamente unos efectos y sólo esos efectos, y que dichos efectos son inexorables): todo ocurre por causas necesarias y la libertad simplemente no existe. No podemos decidir actuar de un modo u otro, puesto que estamos determinados. Nuestra única libertad es la de comprender que es-

tamos determinados. Siglos después, la teología de la cristiandad, que adoptó muchos aspectos de la ética estoica, rechazará totalmente el determinismo estoico ya que éste choca frontalmente con su concepción del pecado y de los supuestos premios y castigos después de la muerte. Las ideas estoicas serán, sin embargo, recuperadas por la filosofía moderna. Así, Baruch Spinoza retomará el determinismo estoico en el siglo XVII, y Friedrich Nietzsche derivará su concepción del "eterno retorno" precisamente de la versión estoica del mismo.

En ese mundo determinista estoico no puede existir el mal. El concepto de mal no tiene sentido según los estoicos, ya que las cosas ocurren por estricta necesidad, y desde este punto de vista, no puede haber nada malo en sí mismo. Lo que ocurre es que a nosotros nos parecen unas cosas buenas y otras malas desde nuestro punto de vista y nuestros intereses, pero eso no implica que lo sean en sí mismos: a uno le puede desagradar que le caiga una piedra en el pie, pero eso no es un acto malo, ya que la piedra no tiene libertad alguna, ni intención, para decidir caer precisamente en el pie de alguien. En un universo totalmente determinista, los seres humanos no tienen en realidad más libertad que esa piedra. Además, el cosmos es un todo armónico regido por una ley natural racional. Todo lo que en él ocurre es bueno porque así lo exige tal ley, y cuando nos parece que algo es malo se debe a que lo miramos desde una perspectiva muy estrecha. Si contemplamos ese mismo acontecimiento desde el punto de vista de la totalidad descubriríamos, según los estoicos, que en realidad es bueno.

No hace falta un gran esfuerzo mental para darse cuenta de que hay un conflicto severo entre la manera estoica de concebir el bien (o el mal) y la manera bíblica de hacer lo mismo. La sagrada escritura responsabiliza al ser humano (y a cualquier criatura inteligente) por sus actos deliberados, en el sentido de que éstos se encaminen a favor o en contra del propósito divino expresado. Por ejemplo, a Adán y Eva, así como a la simbólica "serpiente" (el "ángel caído", en el pecado de rebelión contra Dios), se les declara culpables en el capítulo 3 del Génesis; y se les condena a la muerte eterna por ello. Obviamente, en la sagrada escritura no hay lugar para el concepto de "eterno retorno" ni para la idea de una "ley universal" determinista que obligue a algún individuo a cometer un pecado en contra de su voluntad y de una forma inexorable.

No obstante, la física estoica implica que el alma es mortal y en ello coincide con el Génesis. El principio vital, el alma, no es sino el principio activo de los seres vivos. Este principio, al que se denomina "pneuma", es, para los estoicos, el "logos" o "fuego primordial", que constituye uno de los dos aspectos de la realidad. El "pneuma" está presente en todos los seres, pero en diferente grado, lo cual hace que se exprese de distinta manera: en los seres inorgánicos supone la actividad de la materia, en las plantas genera el crecimiento y las funciones vitales, en los animales el movimiento y las sensaciones y, finalmente, en el hombre se presenta como "razón". Pero ese "pneuma", como todo el "logos", es material: se trata de una semilla transmitida por los padres, y como tal desaparece cuando el cuerpo se corrompe. Algunos estoicos mantuvieron, sin embargo, que las almas podían sobrevivir después de la descomposición del cuerpo hasta que llegara el momento de la "ectopirosis" en que dichas almas se disolverían en el "fuego primordial" del que procedían. De este modo, el alma no era estrictamente inmortal, pero sí podía sobrevivir al cuerpo.

Lamentablemente, hubiera sido pedir demasiado de los estoicos el que permanecieran por mucho tiempo de acuerdo con la sagrada escritura, siquiera en un solo elemento o rasgo; y así ocurrió con el concepto de "pneuma". El primer tomo de la obra "Perspicacia para comprender las Escrituras", editado por la Sociedad Watchtower Bible And Tract en 1991, página 856 (en la versión española), expone: «La palabra griega "pneuma" (espíritu) viene de "pnéo", que significa "respirar o soplar", y se cree que la voz hebrea "rúaj" (espíritu) procede de una raíz de igual significado. Por lo tanto, el significado primario de "rúaj" y "pneuma" es "aliento", aunque de este significado se han derivado otras acepciones. Pueden significar "viento, fuerza vital de criaturas, espíritu del hombre; espíritus, incluidos Dios y sus criaturas angélicas, y la fuerza activa de Dios o espíritu santo. Todos estos significados tienen algo en común: se refieren a aquello que es invisible a la vista humana y que da muestras de fuerza en movimiento. Tal fuerza invisible es capaz de producir efectos visibles».

Hay indicios para pensar que el significado primordial de "pneuma" era similar al de "rúaj", dado

que según la sagrada escritura el hebreo arcaico (portador de la voz "rúaj") debió ser el idioma inicial del hombre, mucho antes de producirse la confusión babeliana de las lenguas. Entonces, tras la confusión babeliana, surgió una serie de nuevos lenguajes, inconexos entre sí tanto en sentido gramatical como terminológico; y es posible que uno de ellos fuera el antecesor del griego, en donde "pnéo" tal vez era el vocablo que correspondía semánticamente a "rúaj". Así, pues, para el tiempo de los primeros estoicos quizás "pneuma" conservara todavía cierto sabor a "pnéo", aunque muy probablemente ya estaba siendo tergiversado para que pudiera acomodarse a la idea de "alma" (psikjé) y alejarse así de la noción original mucho más acorde con la realidad, por encontrarse (dicha versión original) más próxima a la revelación transmitida desde Adán a sus descendientes.

En la antigüedad, en el seno de una intelectualidad alejada de la guía divina, surgió la Filosofía (amor a la sabiduría), quizás con la pretensión de buscar remedio teórico a la punzada interior que motiva al ser humano de todos los tiempos a satisfacer la necesidad de respuesta a las añejas preguntas existenciales: ¿Cuál es nuestro origen? ¿Por qué estamos aquí? ¿Hacia dónde vamos? Los griegos elucubraron que la disciplina más importante de la Filosofía, a la que deberían ir dirigidas las otras dos que le siguen en relevancia (a saber: la Lógica y la Física), es la Ética, y por eso todas las escuelas morales de la época, incluso la de los estoicos, comulgaban con esa idea. En principio, puede parecer extraño que una escuela que defiende que ni el mal ni la libertad existen sea capaz de sostener una postura ética. Sin embargo, es precisamente sobre esas implicaciones deterministas sobre las que los estoicos fundamentaron una ética muy parecida a la de las otras escuelas, ya que como éstas perseguía ante todo la tranquilidad del ánimo (es decir, la calma o sosiego de la "punzada interior" antes citada, al objeto de hacer equilibrada y feliz la relación de uno consigo mismo y consecuentemente, y a la vez concomitantemente, con el prójimo).

Por consiguiente, los estoicos consideraban que la "ética" se propone la consecución de la felicidad, y que ésta consiste en alcanzar la "virtud" (areté: hábito de obrar de acuerdo con la ley suprema) de la naturaleza de cada ser. Cada ser está dotado, por su propia naturaleza, de una tendencia de acción, y seguirla constituye su felicidad. Los animales, por ejemplo, tienden por instinto a conservarse, y ésa es su naturaleza. En el caso del ser humano, su naturaleza peculiar, lo que lo diferencia del resto de seres, es su carácter racional, de tal manera que en él la virtud, y por tanto la felicidad, es comportarse racionalmente, lo cual no es más que seguir los dictados de la "ley universal" y natural, ya que esa ley es precisamente el "logos" (o la auténtica razón de ser de todo lo que existe). Por eso, la ética estoica se podría resumir en la siguiente máxima: "Vive de acuerdo con la naturaleza". Y para conseguir esto bastaría, según los estoicos, con someterse al orden existente en el mundo que conocemos a través de la Física.

Ahora bien, si tal como dicen los estoicos, ese orden cósmico es totalmente determinista, entonces un ser humano no es realmente libre para decidir actuar de un modo u otro, sino que su conducta está totalmente sometida a la "ley natural" exactamente igual que la de los seres inorgánicos. ¿En qué consiste, pues, la postura estoicamente ética frente a una que no lo es? La diferencia que los estoicos proponen entre los seres humanos y el resto de seres planetarios es que los hombres son racionales y por tanto capaces de conocer las leyes naturales y aceptarlas conscientemente. Y en eso consiste precisamente la virtud humana: el hombre está tan determinado como la piedra, pero él lo sabe y aquélla no. El hombre virtuoso es el que asume dicha determinación. La única libertad del hombre es cambiar su actitud interior: su comportamiento siempre será el mismo, pero puede saber y aceptar que éste se debe a la ley natural, o creer erróneamente que es libre de actuar como quiera. Esta libertad consiste por tanto fundamentalmente en un acto mental de "resignación", o de aceptación del "orden cósmico", traiga lo que traiga. Semejante idea, sobre una base teórica muy distinta, será posteriormente adoptada por muchos teólogos de la cristiandad.

Hoy día, a la luz de los conocimientos modernos, la ética estoica es insostenible. La supuesta libertad humana para cambiar la actitud interior propia, hipotizada por los estoicos, dejaría de serlo (desde el prisma de un estoicismo contemporáneo, si existiera éste) cuando tenemos en cuenta que, según la neurociencia, nada en el ser humano queda al margen de las leyes biofísicas y bioquímicas que rigen la voluntad interior, la cual está basada en parte en el funcionamiento microscópico del sistema nervioso. Así, pues, el

tabicamiento tradicional implícito que tanto los estoicos como sus contemporáneos de otras escuelas filosóficas hacían entre el racionio (entidad de soporte supuestamente inmaterial, estudiada por la Lógica) y el cosmos (entidad de soporte supuestamente material, estudiada por la Física) no existe en absoluto en los niveles fundamentales de la realidad. Por ende, la "ley natural" estoica debería poder aplicarse igualmente al racionio y a la voluntad del hombre, con lo cual resultaría de ello una negación aplastadora tanto para cualquier libertad concebible como para la ética, y no quedaría ya argumento alguno que pudiera mantenerla en el escenario.

Yendo hacia el final del tricotaje filosófico con las premisas estoicas, las cuales al principio no aparentaban ser contraproducentes para la teología, nos encontramos con desenlaces tan execrables desde el punto de vista de la sagrada escritura como el siguiente: "No puede existir nada que sea malo en sí mismo, ya que en el mundo (y dado que el mundo es determinista) no cabe cursar una demanda legítima de responsabilidad por las malas acciones cometidas por alguien". Zenón de Citio, arrebatado por semejantes expectativas teóricas, llegó a decir que, en sí mismos, ni siquiera el canibalismo y el incesto podrían considerarse malos.

Si la virtud, entendida por los estoicos como deber (sometimiento a lo que dicta la ley natural), y la razón (conocimiento de dicha ley natural) es lo que lleva al hombre a la felicidad, lo que le conduce a la desdicha son las pasiones, esto es, las afectaciones mentales irracionales que sufre el ser humano y que constituyen una conmoción del alma, o una tendencia excesivamente vehemente que aleja al alma (hace falta definir rigurosamente lo que es el "alma" y en esto los filósofos clásicos no estaban consensuados ni tenían claras sus propias ideas a nivel particular) del equilibrio natural. Las pasiones son fundamentalmente cuatro según los estoicos: dolor y placer (ante lo que creemos que son males o bienes presentes, respectivamente), y temor y deseo (ante males o bienes futuros). Para ser felices, pues, debemos moderar las pasiones, pero la auténtica virtud sólo se alcanza con la eliminación de las mismas. Se trata de la "apatía" estoica (ausencia de pasiones), que se alcanzaba gracias a la razón, comprendiendo que las pasiones son el producto de errores de juicio, ya que en la "realidad estoica" no existen cosas buenas o malas y por tanto no hay nada que temer o desear. Lo malo no es en realidad la muerte, la pobreza o la enfermedad, sino el desasosiego que provoca el miedo a la muerte, la pobreza o la enfermedad. El sabio, desde el punto de vista estoico, es el que logra la virtud comprendiendo la ley universal y el determinismo que implica, que no se altera ni por el placer ni por el dolor y que logra así, gracias a la apatía, el objetivo final de la "ética estoica", a saber, la imperturbabilidad del ánimo o la "ataraxia".

La imperturbabilidad del ánimo propuesta doctrinalmente por los estoicos no encaja con el punto de vista de la sagrada escritura en, al menos, estos dos aspectos fundamentales: el Creador sufre como consecuencia del desarrollo perjudicial de los acontecimientos y la sabiduría divina ha considerado apropiado implantar por diseño en sus criaturas inteligentes un rasgo mental que vulgarmente solemos denominar la "voz de la conciencia". Veamos.

Existe una entidad editora de temas bíblicos que goza de reconocimiento mundial en cuanto a la exégesis de las sagradas escrituras (nosotros no hemos encontrado otra entidad más apta que ésta en este sentido), llamada Watchtower Bible And Tract Society, una de cuyas recientes revistas, la ATALAYA del 1-1-2012, página 23, lee así: «¿Por qué le pidió Dios a Abrahán que sacrificara a su hijo?... De acuerdo con el libro bíblico de Génesis, Jehová Dios le pidió a Abrahán que ofreciera a su hijo Isaac en sacrificio (Génesis 22:2). A algunos lectores de la Biblia les cuesta entender este relato. Una profesora universitaria llamada Carol comenta: "Cuando de niña oí esta historia, me sentí indignada. ¿Qué clase de Dios pediría una cosa así?". Aunque ese sentimiento es comprensible, conviene tener presentes dos puntos... Primero, veamos lo que Jehová no hizo. No permitió que Abrahán llevara a cabo el sacrificio, aunque éste estaba dispuesto a realizarlo. Y jamás ha vuelto a pedirle a nadie algo semejante. Jehová desea que quienes lo adoran, incluso los niños, disfruten de una vida larga y gratificante... Segundo, la Biblia da a entender que Jehová tenía una razón de peso para pedirle a Abrahán que sacrificara a Isaac. Dios sabía que muchos siglos después iba a permitir que su propio Hijo, Jesús, muriera por nosotros (Mateo 20:28). Así que Jehová quería mostrarnos cuánto le costaría ese sacrificio. La petición que le hizo a Abrahán fue una impac-

tante demostración del sacrificio que Él haría en el futuro. Veamos a qué nos referimos... Jehová le dijo a Abrahán: "Toma, por favor, a tu hijo, a tu hijo único a quien amas tanto, a Isaac, y [...] ofrécelo como ofrenda quemada" (Génesis 22:2). Notemos que Jehová sabía cuánto quería Abrahán a Isaac, pues lo llamó "tu hijo único a quien amas tanto". Y lo mismo sentía Él por su Hijo, Jesús. Lo amaba tanto que en dos ocasiones habló desde los cielos y lo llamó "mi Hijo, el amado" (Marcos 1:11; 9:7)... Observemos, además, cómo expresó su petición Jehová. Según cierto biblista, el uso de la partícula que se traduce "por favor" indica que "el SEÑOR se percataba del inmenso valor de lo que estaba pidiendo". Por supuesto, Abrahán debió de sentirse profundamente apenado. De igual modo, Jehová debió de sentir un inmenso dolor al ver sufrir y morir a su amado Hijo, un dolor que apenas podemos imaginar. Es, sin duda, el mayor dolor que Dios ha sufrido o sufrirá... Así pues, quizá no nos guste nada lo que Jehová le pidió a Abrahán, pero hay que recordar que no permitió que aquel fiel patriarca completara el sacrificio. De este modo le evitó la peor pérdida que un padre puede sufrir. Además, aunque Jehová libró de la muerte a Isaac, no lo hizo con su propio Hijo, "sino que lo entregó por todos nosotros" (Romanos 8:32). ¿Y por qué estuvo dispuesto a sufrir semejante pérdida? "Para que nosotros consiguiéramos la vida." (1 Juan 4:9). En vista de esta inmensa muestra del amor que Él nos tiene, ¿no nos sentimos impulsados a demostrarle nuestro amor?... La Biblia no enseña que Dios engendrara literalmente a Jesús mediante una mujer. Más bien, enseña que Dios lo creó como ser espiritual y que luego hizo que naciera en la Tierra de una virgen llamada María. Puesto que Él es el Creador de Jesús, bien puede llamársele su Padre... Para obtener más información sobre por qué fue necesario que Jesús muriera y cómo podemos demostrar nuestra gratitud, véase el capítulo 5 del libro "¿Qué enseña realmente la Biblia?"» (hemos subrayado una frase que indica que Dios, Jehová por nombre, se encuentra muy lejos del prisma estoico en cuanto a la concepción del sufrimiento y la trascendente validez de éste. Ello nos apercibe de una cosa cierta: los estoicos elaboraron su filosofía impregnados de una total ignorancia acerca de la realidad que los envolvía unos pocos kilómetros más allá de su puntual ubicación terrestre y unos pocos años más allá de su infinitesimal ubicación en la corriente del tiempo. El resultado no podría ser más que erróneo).

Abundando más en este aspecto, la misma entidad exegetica, en su libro "Acerquémonos a Jehová", edición de 2014, capítulo 24, párrafos 16-21, muestra la enorme distancia entre las especulativas y pueriles concepciones estoicas acerca del sufrimiento y la felicidad y las mismas concepciones desde el punto de vista de la sagrada escritura: «Jehová demuestra de múltiples maneras que nos quiere... Nunca olvidemos que la dolorosa muerte que soportó Cristo en el madero de tormento, así como los sufrimientos aún más dolorosos que padeció el Padre (Jehová) al ver morir a su querido Hijo (Cristo), prueban que ambos nos aman. .. Jehová demuestra su amor por cada uno de nosotros al ayudarnos para que nos beneficiemos del sacrificio de Cristo. "Nadie puede venir a mí a menos que el Padre, que me envió, lo atraiga", dijo Jesús (Juan 6:44). En efecto, nos atrae individualmente a su Hijo y a la esperanza de vida eterna. ¿De qué modo? Con la predicación, que oímos a nivel personal, y con su espíritu santo, que nos permite comprender y poner por obra las verdades espirituales pese a nuestras limitaciones e imperfecciones. Por lo tanto, Dios puede aplicarnos a cada uno esta afirmación que hizo sobre Israel: "Con un amor hasta tiempo indefinido te he amado. Por eso te he atraído con bondad amorosa" (Jeremías 31:3)... La oración tal vez sea el privilegio que nos permite experimentar el amor de Jehová del modo más íntimo. La Biblia nos invita a 'orarle incesantemente' (1 Tesalonicenses 5:17). Él nos escucha, e incluso recibe el título de "Olor de la oración" (Salmo 65:2). No ha delegado esta función en nadie, ni siquiera en su Hijo. Pensemos en lo que esto implica: el Creador del universo nos exhorta a acercarnos a él en oración con total franqueza. Ahora bien, ¿es un oyente frío, impassible y desamorado? De ninguna manera... Jehová demuestra empatía. ¿En qué consiste esta cualidad? Un cristiano fiel de edad avanzada la definió así: "Es sentir tu dolor en mi corazón". Pero ¿de verdad afectan a Dios nuestros sufrimientos? Leemos lo siguiente tocante a los padecimientos de Israel, su pueblo: "Durante el tiempo de toda la angustia de ellos le fue angustioso a él" (Isaías 63:9). El Creador no sólo vio su aflicción, sino que se compadeció. Vemos reflejadas sus intensas emociones en estas palabras que dirigió a sus siervos: "El que los toca a ustedes está tocando el globo de mi ojo" (Zacarías 2:8)... Así es, el Altísimo comparte nuestras emociones al grado de sentir como suyo

nuestro dolor... Algunas versiones dan a entender en este versículo que quien toca al pueblo de Dios está tocando el ojo de Israel o incluso el suyo propio, no el de Jehová. Este error se debe a que ciertos escribas enmendaron el pasaje por considerarlo irreverente. Fue una intervención desacertada que ocultó la intensidad de la empatía divina».

La facultad de la conciencia moral, vulgarmente llamada "voz de la conciencia", debe ser desarrollada y educada según las sagradas escrituras, pues nos previene de cometer errores peligrosos por acción u omisión. A veces, dicha "voz" nos atormenta (un displacer antagónico a la moral estoica, ya que ésta se ciñe a la idea determinista de que uno no debe perturbarse mentalmente por nada, ya que no se puede cambiar el ocurrir de las cosas) con el objetivo de abocarnos al arrepentimiento tras un atropello perpetrado por nuestra parte contra alguien, por ejemplo; y de esta manera se nos induce, en buena hora, espoleados desde el propio interior, a reparar el daño ocasionado (el cual no está previamente determinado desde el punto de vista de una conciencia moral suministrada por designio creativo: ¿para qué dotar al hombre de una conciencia, si todas sus acciones están predeterminadas según una supuesta ley universal inexorable?).

Una consecuencia de la concepción estoica de la ética, como sometimiento a la ley natural, curiosamente coincidente hasta cierto grado con el enfoque trascendente de la vida proporcionado por el Génesis, es que mientras que existen muchas leyes humanas, diferentes en cada país o comunidad, existe una sola ley natural, ya que hay un solo "logos" y un solo orden en el Cosmos. El comportamiento humano debería, pues, adecuarse a esa ley común y no a las leyes concretas de los estados: el ser humano es un ser social, pero primeramente es ciudadano del Cosmos ("cosmopolita"), no ciudadano de un estado concreto. Esto supone afirmar que todos los hombres tienen la misma naturaleza, y que por tanto las diferencias entre ellos (entre amos y esclavos, entre bárbaros y griegos, entre hombres y mujeres) no son naturales, sino creadas convencionalmente. Este rechazo de las diferencias sociales y raciales ya había aparecido en algunos autores sofistas, pero será el estoicismo quien lo defina y extienda, e incluso lo lleve más allá de lo que lo había hecho ningún sofista, afirmando que debemos amar y compadecer a todos los hombres. Éste es uno de los aspectos del estoicismo que conservaría la teología pseudocristiana posterior.

Sin embargo, las ideas de amor, benevolencia, compasión, filantropía y misericordia esgrimidas por los estoicos conllevan una asepsia emocional bastante lejana a la manera en que las sagradas escrituras presentan los sentimientos del Dios de Amor, el Todopoderoso, Jehová por nombre. Así, lo que desde el punto de vista superior (desde el enfoque bíblico) representa el amor verdadero y todas las emociones que se vinculan a él... esto mismo, pues, resulta ser despreciable desde el inferior prisma estoico (es decir, desde un enfoque puramente humano, especulativo y extremadamente miope, discorda con los auténticos fundamentos en los que se basa la realidad antrópica, tributaria ésta de la obra creativa que se menciona en el Génesis). A este respecto, el libro "Acerquémonos a Jehová", edición de 2014, páginas 250 a 257 (versión española), publicado por la Sociedad Watchtower, explica:

«En medio de la noche se oye llorar a un recién nacido. La madre se despierta de inmediato, pues desde el parto ya no tiene el sueño tan profundo. Además, ha aprendido a distinguir los diversos tipos de llanto, de modo que por lo general intuye si ha de alimentar al pequeño, abrazarlo o darle otro tipo de atenciones. Pero sin importar la razón de los lloros, acude en su auxilio; lo quiere tanto que no puede pasar por alto sus necesidades... Aunque la compasión de la mujer por el fruto de su vientre figura entre los más entrañables afectos del ser humano, existe un sentimiento infinitamente más fuerte: la tierna compasión de Jehová. Examinar esta amorosa cualidad puede acercarnos más a nuestro Dios; por ello, veamos en qué consiste y cómo la manifiesta... En la Biblia encontramos una estrecha relación entre la misericordia y la entrañable compasión, a la que se alude con varias voces hebreas y griegas. Una de ellas es el verbo hebreo "rajam", que suele traducirse "mostrar misericordia" y "tener piedad". Según cierto diccionario bíblico, "expresa un profundo y tierno sentimiento de compasión, como el que es suscitado a la vista de la debilidad o del sufrimiento de aquéllos que nos son queridos o que necesitan de nuestra ayuda". Este verbo hebreo, que Jehová se aplica a sí mismo, está relacionado con el término para "matriz" y denota "compasión maternal" (Éxodo 33:19; Jeremías 33:26)... La Biblia nos enseña en qué consiste la compasión de Dios

comparándola con los sentimientos de una mujer para con su bebé. En Isaías 49:15 leemos: "¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho, para no compadecerse [rajam] del hijo de sus entrañas? Aunque ella se olvide, yo nunca te olvidaré" (Nueva Reina-Valera). Esta conmovedora descripción destaca la profundidad de la compasión de Jehová hacia su pueblo. ¿Cómo?... Cuesta creer que a una mujer se le pase alimentar y cuidar a su hijo lactante, quien está indefenso y requiere su cariño y atención día y noche. Pero, lamentablemente, no es raro oír de madres que incumplen sus deberes, sobre todo en estos "tiempos críticos" en los que escasea el "cariño natural" (2 Timoteo 3:1, 3). En cambio, Jehová dice: "Yo nunca te olvidaré". La tierna compasión que siente por sus siervos jamás falla y es infinitamente más fuerte que el más entrañable afecto imaginable: el que suele tener la madre para con su pequeño. No es de extrañar que un comentarista indicara que en Isaías 49:15 hallamos "una de las expresiones del amor de Dios más intensas —quizás la mayor— de todo el Antiguo Testamento"... ¿Es la tierna compasión un síntoma de debilidad? Así lo han creído muchas personas imperfectas. Por ejemplo, Séneca, filósofo contemporáneo de Jesús, enseñó que "la misericordia es un vicio", una debilidad. Este destacado intelectual romano pertenecía a la escuela estoica, que recomendaba mantener una calma en la que no influyeran los sentimientos. En su opinión, el sabio podía socorrer a quien se encontrara en apuros, pero sin tenerle lástima, la cual lo privaría de serenidad. Esta actitud egocéntrica ante la vida no permitía la compasión sincera. Pero Jehová no es en modo alguno así, pues nos asegura en su Palabra que "es muy tierno en cariño, y compasivo" (Santiago 5:11). Como veremos, tal cualidad no es un vicio, sino una virtud esencial que Jehová manifiesta como un padre amoroso. Observemos de qué manera... La compasión de Jehová resulta evidente en el trato que dispensó a su nación. A finales del siglo XVI antes de la EC, millones de israelitas vivían bajo el yugo de los egipcios, que los tiranizaban "amargándoles la vida con dura esclavitud en trabajos de argamasa de barro y ladrillos" (Éxodo 1:11, 14). En medio de sus tribulaciones, imploraron la ayuda del Dios de la tierna compasión. ¿Cómo respondió él?... Jehová se conmovió y dijo: "Indisputablemente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído el clamor de ellos a causa de los que los obligan a trabajar; porque conozco bien los dolores que sufren" (Éxodo 3:7). No pudo menos que apiadarse al ver sus padecimientos y oír sus clamores. (Él) es un Dios que demuestra empatía (la capacidad de experimentar en sí mismo el sufrimiento ajeno), virtud muy relacionada con la compasión. Pero él no sólo se condolió de su pueblo, sino que se sintió impulsado a auxiliarlo. Es como indica Isaías 63:9: "En su amor y en su compasión él mismo los recompró". "Con mano fuerte" rescató a los israelitas de Egipto (Deuteronomio 4:34). Luego les proporcionó alimento milagroso y los condujo libres a una tierra fértil que pasó a ser suya... Jehová siguió apiadándose de los israelitas, quienes después de asentarse en la Tierra Prometida, le fueron a menudo infieles. Cuando sufrían las consecuencias, recapacitaban y clamaban a Dios. En repetidas ocasiones, él los liberó "porque sentía compasión por su pueblo y por su morada" (2 Crónicas 36:15; Jueces 2:11-16)... Reflexionemos en lo que sucedió en la época de Jefté. Dado que los israelitas se habían entregado al culto de deidades falsas, el Todopoderoso permitió que sufrieran la opresión de los amonitas durante dieciocho años. Pero como indica la Biblia, finalmente se arrepintieron: "Empezaron a quitar de en medio de sí los dioses extranjeros y a servir a Jehová, de modo que el alma de él se impacientó a causa de la desdicha de Israel" (Jueces 10:6-16). Habían demostrado verdadero arrepentimiento, y el Dios de la tierna compasión ya no soportaba verlos sufrir, así que concedió fuerzas a Jefté para liberarlos de sus enemigos (Jueces 11:30-33)... ¿Qué nos enseña sobre la compasión el trato que dio Jehová a la nación de Israel? Por un lado, que no es la mera condolencia por las adversidades ajenas. Recordemos el caso de la madre que, al oír llorar a su niño, se enternece y obra en consecuencia. Igualmente, Dios no se muestra sordo a las súplicas de su pueblo, sino que, movido por su tierna compasión, le alivia los sufrimientos. Además, su forma de tratar a los israelitas nos enseña que esta afectuosa cualidad no es ninguna debilidad, ya que lo impulsó a tomar medidas enérgicas y decisivas a favor de ellos. Ahora bien, ¿se conmueve por sus siervos tan solo a nivel colectivo?... La Ley que otorgó el Creador a Israel revela que se apiada de las personas individualmente. Tomemos como muestra su interés por los necesitados. Él sabía que un ciudadano podía verse sumido en la indigencia a causa de algún contratiempo. ¿Cómo debería tratarse? La nación recibió mandatos estrictos: "No debes endurecer tu corazón ni ser como un puño para con tu hermano pobre. Sin falta debes darle —y no debe

ser mezquino tu corazón al darle—, porque a causa de esto Jehová tu Dios te bendecirá en todo hecho tuyo" (Deuteronomio 15:7, 10). También se le ordenó que no cosechara completamente los bordes de los campos, ni se volviera a recoger lo que hubiese quedado atrás, pues la rebusca sería para los más desfavorecidos (Levítico 23:22; Rut 2:2-7). Siempre que los israelitas guardaban aquellas disposiciones tan consideradas, se veían libres de la necesidad de mendigar para comer. ¿Verdad que estas medidas reflejan la tierna compasión divina?... En la actualidad, nuestro amoroso Dios demuestra el mismo interés por cada uno de nosotros... Tenemos la certeza de que es consciente de todos nuestros sufrimientos. En efecto, el salmista David escribió: "Los ojos de Jehová están hacia los justos, y sus oídos están hacia su clamor por ayuda. Jehová está cerca de los que están quebrantados de corazón; y salva a los que están aplastados en espíritu" (Salmo 34:15, 18). Según un biblista, estas palabras describen a quienes "se caracterizan por el quebrantamiento de corazón y la contrición de espíritu, es decir, por la humillación que sienten debido al pecado, y por la carencia de vanagloria; se consideran insignificantes y no confían en méritos propios". Quizás crean que el Altísimo está muy lejos de ellos y que son tan poca cosa que no resultan dignos de su atención. Pero no es así. Las palabras de David nos garantizan que nuestro compasivo Hacedor no abandona a quienes "se consideran insignificantes"; sabe que en tales circunstancias lo necesitamos más que nunca, y está cerca de nosotros... Por supuesto, la mayor muestra de esta virtud de Jehová fue la entrega que hizo de su Hijo predilecto para rescatarnos. Aquel amoroso sacrificio de parte del Padre abrió el camino a la salvación. Y no olvidemos que la redención nos beneficia personalmente. Con razón predijo Zacarías, el padre de Juan el Bautista, que aquella dádiva exaltaría "la tierna compasión de nuestro Dios" (Lucas 1:78)».

Desde los sofistas a los estoicos y desde éstos hasta el presente, a lo largo de toda la historia del conocimiento, los filósofos han debatido más que nada sobre la naturaleza humana y sobre la motivación del comportamiento del hombre, siendo el determinismo una doctrina especulativa, entre otras doctrinas, que busca primariamente encontrar una respuesta contundente que zanje ese debate. Pero el tema no ha dejado de ser controvertido y en el ambiente académico se respira una sensación de irresolubilidad del problema, y también se está al tanto de las tremendas implicaciones éticas y políticas que ha tenido y tiene.

El determinismo, en su versión más seria y contundente, se fraguó en gran medida a la par que la idea de que todo puede ser explicado por la ciencia; idea que se expandió con gran popularidad al amparo de las teorías de Newton y que poco después no hizo más que crecer con cada descubrimiento científico. Estas dos ideas están regidas por el "principio de causalidad", y el "determinismo" impone una condición causal y universal para todos los fenómenos, sin excepción. Bajo este principio, se afirma que si se conoce el estado inicial de un sistema o parcela de la realidad y también todas las leyes de la naturaleza, siendo tal sistema cerrado, se podrá predecir el estado final de dicho sistema tras un tiempo "t" transcurrido. Este principio, que llegó a ser básico para el desarrollo de la ciencia, es el que expuso Laplace en su "Ensayo filosófico sobre las probabilidades" (año 1814): "Tenemos que reconocer el estado actual del universo como el efecto de su estado antecedente y como causa del estado que le va a seguir. Si concebimos una inteligencia que en un instante determinado abarca todas las relaciones entre todos los entes del universo, una inteligencia lo suficientemente amplia que permitiera someter estos datos al análisis; ésta podría establecer las posiciones respectivas, el movimiento y las propiedades generales de todos estos entes, desde los mayores cuerpos del universo al menor de los átomos; para ella nada sería incierto y el futuro así como el pasado estarían presentes ante sus ojos".

El determinismo de Laplace, también llamado "determinismo mecanicista", era un determinismo metafísico, absoluto; es decir, que afectaba a todas las cosas del Universo. Para muchos autores, este determinismo absoluto implica "fatalismo", pensamiento según el cual, en el mundo y en la vida humana, todo se encuentra predeterminado por el destino o hado. Esta confusión entre determinismo absoluto y fatalismo ha surgido en muchos lugares a lo largo de la historia y ha dado pábulo a que se planteen las principales objeciones contra el determinismo. Sin embargo, la existencia de una ley natural de causa-efecto no conlleva necesariamente intencionalidad en forma de deseo o plan divino, por lo que se deberían separar cla-

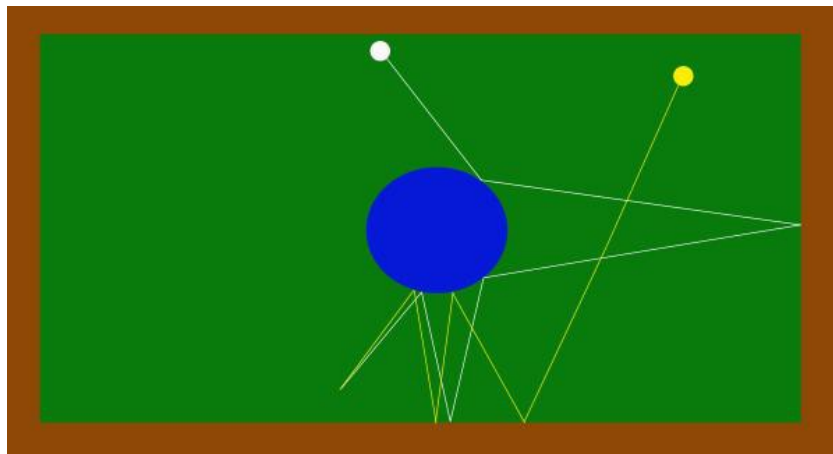
ramente ambas teorías: la causal (relación causa-efecto sin intencionalidad implícita) y la teleológica (relación causa-efecto con intencionalidad: explícita o implícita).

Además del "determinismo absoluto", existe el denominado "determinismo metodológico", que difiere del absoluto en que enlaza los datos obtenidos, la teoría y las propiedades de los fenómenos sin inferir automáticamente una ley lógica, trascendente y atemporal para todo el universo. Es decir, el "determinismo metodológico" apela sólo a la causalidad práctica o concreta (la manera no infalible en la que nuestra percepción intelectual correlaciona unos eventos con otros). El método científico viene a ser un claro ejemplo de "determinismo experimental" o metodológico. Los científicos trabajan sobre la base de que las inferencias causa-efecto que realizan de acuerdo a las observaciones y experimentos siguen un principio de determinación, sin el cual no serían capaces de desarrollar ninguna teoría explicativa; y menos aún se podría intentar predecir resultados de experimentos futuros ni desarrollar aplicaciones prácticas con posibles beneficios para la sociedad. Así, en todo experimento en el que haya una alteración del proceso que se estudia, del medio o del organismo investigado se está aceptando implícitamente la causalidad: "si añadimos el factor X entonces ocurre Y, por lo que X es causa de Y". Esto no significa, por lo tanto, que los científicos acepten el principio de Determinismo Absoluto. De hecho, al contrario, el Determinismo Absoluto no resulta ser de interés teórico para la mayoría del mundo científico.

El determinismo, en cualquiera de sus modalidades, encontró su más grave estorbo teórico con el advenimiento de las teorías de la mecánica cuántica, especialmente con el principio de indeterminación de Heisenberg, el cual ha sido esgrimido como argumento devastador contra toda modalidad de determinismo, ya que dicho principio ha mostrado que no es posible obtener al mismo tiempo dos medidas conjugadas (por ejemplo, la posición y la velocidad de una partícula subatómica) debido a la incidencia de los procedimientos del método de observación sobre el objeto observado. Pero lo cierto es que, tras un examen cuidadoso, el principio de indeterminación no impide la existencia de un principio metafísico de determinación, pues lo que simplemente hace es negar que pueda llegar a ser conocido el estado inicial de la partícula con absoluta certeza. Es decir, niega la determinación metodológica en la física cuántica.

Por extensión, debido a que los campos que las ciencias estudian se solapan, se podría decir que, como mínimo, existiría en toda ciencia un pequeño error de cálculo sobre el estado estudiado, que en los procesos predictivos es el estado inicial. Si el desarrollo del error desde el estado inicial al estado final fuese nulo, es decir, que el grado de error se mantuviese o cambiase poco, el problema de la predictibilidad estaría solucionado. Pero por desgracia (o por suerte) la gran mayoría de sistemas no funcionan de manera lineal, o como lo explicó mucho mejor Poincaré en "Ciencia y Método" (1908): "Una pequeña causa, que apenas percibimos, determina un gran efecto que no pasa desapercibido, y entonces decimos que el efecto se debe al azar. Si pudiéramos conocer con exactitud las leyes de la naturaleza y la situación del universo en el instante inicial, podríamos predecir exactamente la situación del mismo universo en un instante posterior. Pero, incluso en el caso de que las leyes naturales no tuviesen secretos, sólo podríamos conocer las condiciones iniciales de modo aproximado. Si eso nos permitiese predecir la situación posterior con el mismo grado de aproximación, no haría falta más, diríamos que el fenómeno se predijo y que está regido por las leyes. Pero no siempre sucede así; puede ocurrir que pequeñas diferencias en las condiciones iniciales produzcan diferencias muy grandes en el fenómeno último; un pequeño error en las primeras se convertiría en uno enorme en el último. Se hace imposible predecir y tenemos un fenómeno fortuito".

Esta declaración constituye uno de los principios básicos de la teoría del caos, aunque fue dada más de medio siglo antes de la formulación de dicha teoría como tal. El ejemplo más usado para explicar esta teoría es el de la "mesa de billar", en donde se tiene una mesa de billar 'ideal' con un obstáculo convexo circular en el centro. Si se golpean dos bolas de billar desde el mismo punto de origen, pero con ángulos de dirección que difieren en un poco (una milésima de grado, verbigracia), cada vez que las bolas golpean en el obstáculo la dirección de la trayectoria de ambas se hace más y más distinta, llegando, tras un tiempo "t" suficientemente largo, a ser completamente diferentes, como se esquematiza en la figura de la página siguiente. Al final, la posición de una bola no nos ayudaría a predecir la posición de la otra.



Determinados sistemas caóticos, cuando son observados de cierta manera, pueden parecer modelos azarosos aunque en realidad no lo sean. Supongamos que sólo tuviésemos fotografías muy separadas en el tiempo del movimiento en el tablero de billar; entonces la colocación de las bolas en el tablero parecería seguir un modelo azaroso; sin embargo, al aumentar la precisión, por medio de reducir el tiempo entre fotogramas consecutivos, podríamos llegar a observar el movimiento con

tal detalle que ya no parecería producto del azar, sino de leyes de causalidad determinista. No obstante, el modelo expuesto es un modelo de caos muy simple, así que cada nuevo obstáculo que añadamos en el tablero, o cada nuevo dato que intervenga en el proceso, hará la trayectoria más impredecible; es decir, hará que la trayectoria parezca más "azarosa".

Uno de los últimos atisbos en filosofía científica (metaciencia) es la "teoría de sistemas complejos", que viene a producirse como consecuencia de la incapacidad del reduccionismo o simplismo teórico para llevar más allá el progreso de la Ciencia. El "complejismo" es un rapto de madurez frente a la puerilidad del "simplismo", que ya ha tenido su protagonismo durante un largo periodo histórico que pudiéramos denominar "infancia del conocimiento" humano. Esta visión complejista, que emana de la teoría de sistemas complejos, está muy relacionada con el punto de vista de las escuelas filosóficas estructuralistas de mediados del siglo XX; y el "determinismo" ha tenido que enfrentarse a ello, con lo cual ha salido perdiendo en su acervo clásico (el determinismo absoluto) y sólo ha podido continuar prosperando en su versión experimental o metodológica (determinismo metodológico).

La teoría complejista considera que las partículas o elementos (moléculas, células, individuos) que pertenecen a un sistema tienen estrecha relación con las demás partículas que participan de ese mismo sistema, y que las propiedades del sistema no son sólo la suma de las propiedades de las partes que lo forman. En este modelo, las partículas individuales no pueden ser entendidas salvo si lo son en su relación con las demás. Las características teóricas que parecen definir a estos sistemas son las propiedades emergentes y la autoorganización (débil a lo sumo, o en sentido limitado, incapaz de producir vida e inteligencia a partir de elementos de más bajo nivel, tal y como señala acertadamente la teoría del "diseño inteligente").

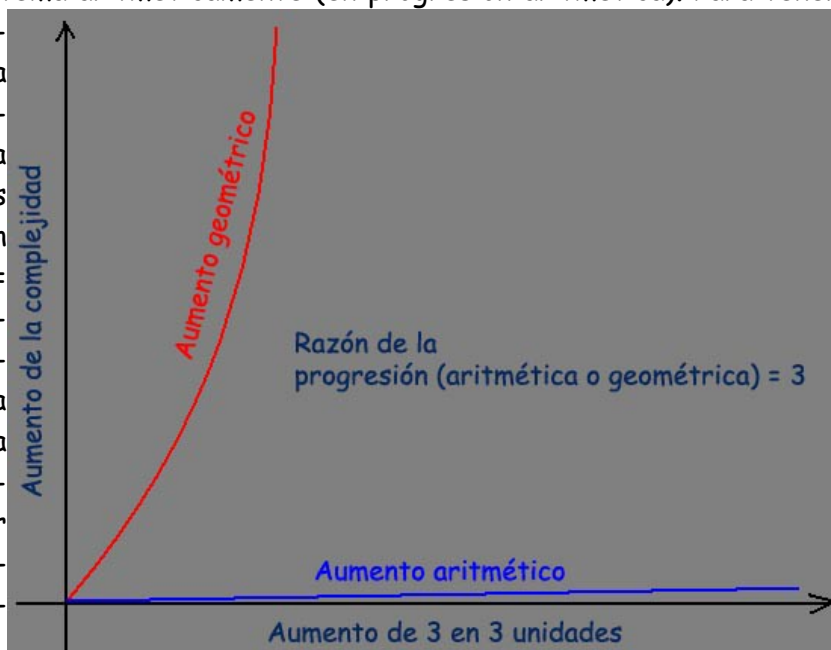
Para entender aceptablemente la teoría de los Sistemas Complejos es necesario comprender primero varias ideas principales, como son las de "realimentación" (o retroalimentación), "sinergia" y "propiedades emergentes". En una ligera aproximación a estos conceptos, podemos decir que la "realimentación" consiste en un mecanismo por el cual una cierta proporción de la salida de un sistema se redirige a la entrada del mismo, con objeto de controlar o influir en su comportamiento; se produce cuando las salidas del sistema, o la influencia de las salidas del sistema en el contexto, vuelven a ingresar al sistema como recursos o información; de ahí que dicho mecanismo contribuya a la impredecibilidad o indeterminismo en el comportamiento de un sistema. Así, la Retroalimentación es la fuerza que ejerce el Efecto sobre el Agente Causante, pudiendo ser lineal o no lineal; ahora bien, en la "retroalimentación lineal" se reconocen, a su vez, dos tipos: la negativa, que reduce la fuerza causante, y la positiva, que la aumenta; por supuesto hay que entender que esta nueva fuerza, ejercida por el efecto, puede sumarse e incluso interaccionar con otras fuerzas, elevando consiguientemente el sistema a un grado mayor de complejidad e impredecibilidad.

La "sinergia" es la acción conjunta de dos o más fuerzas sobre el objeto estudiado, resultando en un efecto difícilmente comprensible con los métodos utilizados para el estudio analítico de una sola de las fuerzas; esto significa que el efecto del conjunto de fuerzas es superior o trascendente a la suma de los efectos producidos por cada una de ellas considerada aisladamente. La "emergencia" (conjunto de propiedades emergentes) hace referencia a aquellas características o procesos de un sistema que no son reducibles a las propiedades o procesos de sus partes constituyentes; así, la mente, por ejemplo, es considerada

por muchos investigadores como un fenómeno emergente, ya que surge de la interacción distribuida entre diversos procesos neuronales (incluyendo también algunos corporales y del entorno) sin que pueda reducirse a ninguno de los componentes que participan en el proceso (ninguna de las neuronas por separado es consciente).

Este modelo teórico complejista supone una revolución en la metaciencia en general y en cada ciencia en particular, porque cambia radicalmente la forma de abordar el estudio del mundo o de la realidad. Así, el mundo ya no es concebible como un simple sumatorio de partículas, con propiedades individuales que se suman y dan lugar a una propiedad general, sino que es contemplado como un sistema de interrelaciones que en muchos casos aumentan el grado de complejidad geoméricamente (en progresión geométrica) al aumentar el número de partes del sistema aritméticamente (en progresión aritmética). Para tener

una idea moderada de la diferencia de aumentos, supongamos que un sistema consta de 100 elementos que se encuentran interrelacionados entre sí y como consecuencia dan un grado 100 de complejidad; añadamos al sistema 3 elementos y obtendremos un aumento aritmético que va de 100 a $100+3=103$, pero el aumento geométrico o en complejidad iría de 100 a $100 \cdot 3=300$; si añadimos otros 3 elementos al sistema se pasaría a un aumento aritmético según la secuencia 100-103-106, en tanto que el aumento geométrico o de complejidad vendría dado por la secuencia 100-300-900; en la gráfica adjunta se muestra aproximadamente la diferencia de aumentos.



Las propiedades emergentes son tal vez las características más enigmáticas de los sistemas complejos, puesto que suponen el surgimiento de una propiedad nueva, que no existía con anterioridad en el sistema, y que se produce debido a la interacción entre las partes de dicho sistema. Es muy diferente de la sinergia, puesto que ésta sólo implica un salto cuantitativo (como $2+2=5$), mientras que la emergencia implica un salto cualitativo (el sistema neuronal da lugar al "pensamiento", aunque se cree que cada neurona aislada no puede pensar). Como es fácil de comprender, el emergentismo es algo tan escurridizo para los métodos de cálculo empleados por los seres humanos que el grado de impredecibilidad que se introduce con ello hace que sea milagrosa la obtención de una mínima cota de control prospectivo o vaticinador con respecto a la evolución pormenorizada del sistema.

Los saltos cualitativos ocasionados por las propiedades emergentes crean lo que podríamos llamar "niveles de organización" del sistema, dando lugar a un modelo jerárquico en el que cada piso superior es un sistema complejo auto-organizativo generado por las propiedades emergentes procedentes de niveles inferiores. Cada nivel parece funcionar de manera autónoma con respecto a los escalones superiores e inferiores, ya que parece seguir inercias propias no relacionadas con los procesos que ocurren en su sustrato o nivel inferior. Pero como ya se ha explicado, las propiedades emergentes dependen de las interacciones que se dan dentro del sistema complejo, por lo que, aunque no sea perceptible a simple vista, un nivel superior se verá afectado por su nivel sustrato. No hay que olvidar que las fuerzas no son nunca unidireccionales, por lo que, si el nivel inferior influye en el superior, las interacciones también pueden ser de carácter descendente (el nivel superior afecta al inferior). Nos encontramos, pues, con un modelo en el que no sólo es muy difícil comprender cómo actúa cada nivel por separado sino que es aún más difícil de entenderlo con respecto a cómo se relacionan los distintos niveles entre sí. La predictibilidad en un tal sistema es, por supuesto, extremadamente volátil.

Si intentamos ver el sistema complejo en su conjunto, con todas estas características, es fácil

comprender que nos tenemos que enfrentar a modelos teóricos multifactoriales, no lineales, en los que una pequeña variación elemental (en una partícula o en una fuerza) produciría en otros niveles un resultado completamente distinto al original dentro del mismo nivel, y esto repercutiría en la totalidad de los niveles del sistema. A veces los cambios serían imperceptibles durante un tiempo y luego ocasionarían un efecto explosivo, y otras veces crearían procesos cíclicos o de estabilidad continuada. Es decir, sería imposible predecir con total seguridad cómo va a responder el sistema a la intromisión. El Principio de Indeterminación, la Teoría del Caos y los Modelos de Sistemas Complejos muestran la no predictibilidad humana para los modelos que se venían considerando deterministas, sin anular por ello el principio de "determinación absoluta" (enunciado por Laplace en su hipótesis mecanicista o de determinación absoluta, según se ha expuesto en la página 12). Esto significa que desde el punto de vista del conocimiento humano es imposible afrontar con éxito el reto de la infalibilidad en las predicciones, puesto que la extrema complejidad del mundo nos lo impide; sin embargo, desde la óptica de una hipotética inteligencia sobrehumana (con capacidades mentales que sobrepasen lo actualmente concebido por el hombre) es imprudente negar a priori la posibilidad de que ésta sea capaz de conseguir el determinismo absoluto en su comprensión del cosmos.

De todas formas, el estudio profundo de las sagradas escrituras parece mostrar que sólo el Creador, en el mejor de los casos, es capaz de afinar sin límite la aproximación al determinismo absoluto de índole cognitivo, puesto que Él es el constructor de la realidad universal, dentro de la cual se encuentran sus criaturas inteligentes (angélicas y humanas). Además, dado que es posible que los niveles de organización de los elementos que integran dicha realidad se soporten en una sucesión de subniveles sin límite, sólo el Creador, evidentemente, tendría los recursos necesarios para alcanzar los niveles más bajos, los cuales conformarían la base de toda la supraestructura de la realidad. Por lo tanto, sólo la mente divina sería capaz de profundizar y escudriñar a través de esa ilimitada serie descendente de subniveles, así como de percibir detalladamente las infinitas relaciones complejas entre los elementos de los diferentes niveles, y de esta manera, pues, proveer vaticinios exactos. Esto quiere decir que de existir la posibilidad de que alguien se posicione en la ventajosa situación de obtener una visión absolutamente determinista de la realidad, sólo el Creador calificaría para alcanzar semejante posibilidad.

Con el advenimiento de la visión complejista del universo se ha llegado gradualmente al establecimiento de un nuevo paradigma, el de "máxima complejidad", en el que los científicos han cesado de intentar simplificar su contemplación clásica del mundo para intentar verlo como de verdad es, aunque dicho esfuerzo objetivo por entender la realidad señale hacia un mundo que causa vértigo debido a que se revela extremadamente complejo. Este nuevo paradigma de la ciencia choca frontalmente contra uno de los axiomas más atesorados e importantes del método científico tradicional: el de la "navaja de Ockham", según el cual se ha de utilizar como cierta aquella explicación que, sin contradecir los datos experimentales, sea la más sencilla (reduccionismo o simplismo). Este principio ha sido, en verdad, de gran ayuda para el avance de la ciencia, puesto que ha permitido el desarrollo de aplicaciones prácticas o tecnológicas para la sociedad; el problema surge cuando los modelos simples derivados de él se consideran Verdad absoluta y se convierten en Dogmas, es decir, cuando derivan hacia el "reduccionismo radical".

Es necesario comprender que la Ciencia forma parte de la actividad social en un momento histórico en particular, y que por tanto existe una retroalimentación entre las ideas sociopolíticas y las científicas dentro de una época. Los sistemas sociales intentan buscar explicaciones ideológicas que los sustenten y que sean fácilmente comprensibles para la población, y por eso las ideas científicas o filosóficas no suelen colisionar abiertamente contra las formas de pensar que permanecen o han surgido en la estructura social que les es contemporánea (y si lo hacen, caen en descrédito general y sólo consiguen medrar cuando cambia el paradigma social y éste se torna favorable). Por ejemplo, la teoría darwiniana de la evolución prosperó cuando se generó un paradigma social capaz de sustentarla, a saber, una sociedad de tipo consumista y competitiva, un modelo social hasta entonces desconocido, en donde el concepto de "selección natural", de carácter despiadado y marcadamente competitivo, encontraba eco o reflejo en la dinámica de la nueva sociedad vigente, la cual por desgracia pervive hasta ahora.

En cuanto a la teoría evolucionista, todo hace pensar en que se mantendrá en ristre mientras dure

el vigente sistema de cosas social, con su mentalidad competitiva dominante. En consecuencia, por mucho que las teorías creacionistas o del diseño inteligente logren desmentir dicho paradigma dominante, no se logrará su declinación hasta que la filosofía de vida actual pase al olvido. Según las sagradas escrituras, el comienzo del fin del presente paradigma social, y consecuentemente el de la teoría evolucionista albergada en él, sucederá en un lapso profético denominado "la gran tribulación": la agonía del presente mundo de la humanidad. La expresión "gran tribulación" sólo aparece en 3 libros de la Biblia: los evangelios de Mateo y Marcos y el Apocalipsis.

En el evangelio de Mateo, capítulo 24, versículos 21 y 22, se registran estas palabras proféticas pronunciadas por Jesucristo: "Porque entonces habrá **gran tribulación** como la cual no ha sucedido una desde el principio del mundo hasta ahora, no, ni volverá a suceder. De hecho, a menos que se acortaran aquellos días, ninguna carne se salvaría; mas por causa de los escogidos aquellos días serán acortados". La inmensa mayoría de los exegetas concuerdan en que dichas palabras se refieren al fin del mundo que conocemos actualmente, si bien difieren notablemente en cuanto a las características de dicho final. Ahora bien, dado que el capítulo 7 del Apocalipsis (una revelación dada por Jesucristo resucitado a su apóstol Juan, concerniente al mismo final), versículos 13 a 17, habla de individuos humanos que "salen" o sobreviven a esa "gran tribulación" por protección divina (coincidiendo así con otros pasajes de la sagrada escritura que se refieren aparentemente a la misma clase de supervivencia), es pertinente pensar que dichos supervivientes compondrán una sociedad humana futura basada en la guía y normas divinas, con lo cual, como se ha señalado antes, el paradigma materialista-evolucionista habrá quedado obsoleto... incluso más que obsoleto: pasará a yacer en la memoria histórica como uno de tantos desaciertos trágicos y persistentes que llevó a la mayoría de la gente de la época postrera a su perdición completa.

La ciencia humana del futuro, al igual que la actual, va a ser incapaz por sí misma de descubrir la realidad en su totalidad. Únicamente servirá para proveer teorías y modelos que se ajusten más o menos a esa realidad, y sus predicciones siempre serán inestables en mayor o menor grado. Sin embargo, muchas serán las derivaciones tecnológicas que aportará para el beneficio de sí misma y de la humanidad. La Navaja de Ockham ha sido un instrumento muy útil, puesto que ha ayudado a crear cuerpos de conocimiento compactos y fáciles de entender. Pero ha llegado el momento en que el método reduccionista no puede sostenerse pretendiendo ser más importante que la realidad, puesto que obligaría a perpetuar en nuestra mente la trasnochada idea de que la realidad debe adaptarse a nuestro pensamiento y no a la inversa. En esta dirección, la tecnología tiene que desligarse necesariamente de la ciencia, puesto que la técnica es eminentemente reduccionista en sus planteamientos y no podría ser de otra forma. Sin embargo, la técnica es bastante útil para hacer avanzar a la ciencia, vale decir a la teoría de la máxima complejidad; pero es el método reduccionista de la técnica el que difiere del método complejista de la nueva ciencia, y, por tanto, la discrepancia entre ambas áreas del conocimiento (el científico y el tecnológico) lo es sólo en el plano metodológico. Esto hace que el determinismo sea más amigo de la técnica que de la ciencia: es más fácil y eficaz hacer predicciones acerca del estado futuro de un ingenio humano (un objeto artificial) que sobre un fenómeno natural (como, por ejemplo, el clima).

Desde los comienzos del conocimiento racional institucionalizado, con el advenimiento de la filosofía, siempre han surgido teorías influyentes que han visto al ser humano como parte de la naturaleza circundante, sin mayores valores trascendentes que los puramente materiales. Y estas visiones se hicieron mucho más prominentes con el surgimiento de las teorías evolucionistas, en especial a partir de "El Origen de las Especies" de Darwin, hace ya más de 150 años. Pero el concepto evolucionario de lo que es "natural" traspasó con prontitud el dominio puramente biológico y se extendió en todas direcciones, haciendo oscilar también los criterios morales como si fueran hojas que lleva el viento, bien a favor o bien en contra de lo que se consideraba bueno o malo.

Hubo pensadores que adoptaron el criterio de que lo "natural" es lo bueno y lo deseable, aquello que es y que ha de ser, lo inevitable; independientemente de lo que pueda crear el hombre en un determinado momento y en un determinado lugar. Por consiguiente, el ser humano haría bien en armonizar su vida con

las directrices naturales y no forcejear con ellas para alterarlas o contrarrestarlas. Pero, ¿cuáles son esas directrices naturales? ¿Son las que postula el evolucionismo? ¿Es la lucha feroz por la supremacía vital, con su competitividad ilimitada y su "selección natural" o elemento modelador, la criteriología de base que hay que adoptar para sintonizar con la "naturaleza"? Al parecer, eso es lo que creyeron Hitler y sus apoyadores, quienes estaban fanáticamente dispuestos a practicar un darwinismo sociopolítico y militar que no sentía ningún remordimiento al eliminar y masacrar colectivos enteros de humanos supuestamente inferiores a la raza "aria". La bondad y la misericordia eran conceptos ficticios e irreales para esos fanáticos hitlerianos, y no encajaban para nada en el ideario de su nacionalsocialismo.

Pero también hubo otros pensadores que vieron lo natural como primitivesco e inútil, lo retrógrado, de donde el ser humano escapó evolutivamente. Para ellos, la evolución humana trajo consigo nuevos elementos y nuevas perspectivas. La ética y la moral deberían ser incluidas entre esas novedades evolucionarias. En este sentido, existe una investigación matemática acerca del altruismo que parece mostrar que la mejor opción evolucionaria en una población consiste en decantarse hacia la cooperación altruista, so pena de acarrear una extinción poblacional; sin embargo, los resultados de estas investigaciones no aportan solidez teórica a los defensores del "evolucionismo altruista" puesto que una cosa es la aportación matemática y otra muy distinta la marcha que adquieren los acontecimientos reales (por ejemplo, si matemáticamente se llega a la conclusión de que mediante la contribución desinteresada de 5 euros por cada ciudadano de un país en crisis económica es posible salir de dicha crisis, eso no significa que la inmensa mayoría de los ciudadanos del país tome la decisión altruista y unánime de efectuar la contribución sugerida, ni de que en el caso hipotético de que la respuesta ciudadana fuera masiva y positiva se iba a dar a la vez una gestión abnegada del gobierno en lugar de un desfalco egoísta por éste sobre el suculento capital recaudado).

Actualmente, lo natural se ve a la vez con todas esas connotaciones, tanto altruistas como egoístas, y mucho depende del contexto particular al que se refiera el estudio o investigación. Pero tal vez una de las teorías más fuertes, en especial desde los avances genéticos, ha sido la de la inevitabilidad de lo natural; es decir, somos lo que la naturaleza nos hace ser. Por lo tanto, el criterio natural, incierto y aparentemente azaroso, no se decanta por el altruismo o el egoísmo de una forma reglada y sistemática sino que evoluciona de forma insospechada o caótica hacia estadios no determinados de antemano. Y aquí parece imponerse la dinámica del indeterminismo en cuanto a propósito, diseño y previsión (vaticinios inciertos). Así, si creemos hallar altruismo en una población de hormigas, en el sentido de que el individuo sacrifica su libertad en el interés de la colectividad, dicho altruismo se convierte en egoísmo cuando compiten dos colonias de hormigas por los recursos de un mismo territorio y lo hacen con una ferocidad despiadada, hasta que una de ambas colonias es exterminada por la oponente. Por otra parte, en otras ocasiones, las colonias cooperan o se adaptan a una vida en común. Esto ha llevado a algunos naturalistas a hablar de "altruismo relativo" (en contraposición al "altruismo absoluto", que es un concepto considerado obsoleto en la ciencia materialista actual).

Lo cierto es que manteniendo una visión estrictamente materialista de la Naturaleza, con exclusión de un Diseñador Inteligente que la haya creado, el concepto de "altruismo" permanece nebuloso y provoca un alud de incertidumbres y paradojas; pero, además, la sola admisión de la acción creativa de un Sumo Hacedor parece insuficiente para poder salir de todas las paradojas; pues se necesita conocer, evidentemente por revelación divina, cuáles son los designios del Todopoderoso para la humanidad y la biosfera y también cuán grande ha llegado a ser la divergencia entre el propósito divino al crear y la situación actual degenerada de una Tierra desconectada de dicho propósito. El Génesis revela precisamente cómo se produjo esa desconexión, la gravedad de la misma, su alcance y un atisbo de solución al problema. Así, mucho del altruismo que los investigadores materialistas asignan a las manifestaciones evolutivas son, en realidad, reliquias dispersas de un pasado biosférico esplendoroso producido por el diseño creativo del Todopoderoso, en donde la cooperación era la norma y no la excepción. Dicho altruismo natural debe, pues, interpretarse como rúbrica, firma o sello distintivo que el Artífice Supremo ha dejado impreso en su obra creativa; y el ser humano no es una excepción, pues el texto sagrado dice: "Y Dios procedió a crear al hombre

a Su imagen, a la imagen de Dios lo creó; macho y hembra los creó" (Génesis, capítulo 1, versículo 27).

Tomando como referencia la Wikipedia, tenemos que señalar que el "determinismo", pese a los reveses teóricos que ha tenido que soportar en tiempos recientes, sigue manteniendo el tipo como doctrina filosófica porque determinados ámbitos del saber le otorgan cierta viabilidad. Como antaño, sigue sosteniendo la enseñanza de que todo acontecimiento físico, incluyendo el pensamiento y las acciones humanas, están básicamente determinados por la irrompible cadena "causa-consecuencia", y, por tanto, el estado actual de un sistema "determina" en algún sentido el futuro del mismo. Como quiera que su versión monolítica y radical se ha hecho insostenible en el seno de la ciencia contemporánea, han brotado diferentes formulaciones deterministas que se diferencian en los detalles de sus afirmaciones y a las que podemos agrupar en dos grandes categorías, a saber:

1. **Determinismo fuerte**, que pregona la no existencia de sucesos genuinamente aleatorios o azarosos, por lo que, en general, según este tipo de determinismo, el futuro es potencialmente predecible a partir del presente. Por su parte, el pasado también podría ser plenamente cognoscible si supiéramos perfectamente todo acerca de una situación puntual de la cadena de causalidad.
2. **Determinismo débil**, que sostiene que es la probabilidad lo que está determinado por los hechos presentes, o que existe una fuerte correlación entre el estado presente y los estados futuros, aun admitiendo la influencia de sucesos esencialmente aleatorios e impredecibles.

Es necesario resaltar, para evitar confusiones, que existe una diferencia importante entre la determinación y la predictibilidad de los hechos. La "determinación" implica exclusivamente la ausencia de azar en la cadena causa-efecto que da lugar a un suceso concreto. La "predictibilidad" es un acto potencial, derivado de la determinación certera de los sucesos, pero exige que se conozcan completamente las condiciones iniciales (o cualesquier condiciones que se escojan arbitrariamente como iniciales) de la cadena de causalidad.

Si, como parece desprenderse del estudio de la sagrada escritura, asumimos que Dios tiene la capacidad de predecir sucesos del futuro con tanta aproximación como desee, hasta llegar a alcanzar el mismísimo límite de aproximación si así lo estima conveniente, entonces el "determinismo" de todos los sucesos de la realidad estaría asequible al Todopoderoso y a nadie más. Cualquier otro viviente, por excelso que sea, no puede alcanzar ese estado cognitivo, debiéndose contentar a lo sumo con una visión indeterminista del cosmos, infinitamente alejada del supuesto determinismo cognitivo divino.

No obstante, concluir que desde la óptica de Dios está todo determinado no deja de presentar paradojas. Por ejemplo, surgen cuestiones tales como: ¿Estaba Dios determinado, desde el pasado más remoto, a hacerse Creador? ¿Están determinadas todas las acciones divinas, ya pasadas, ya presentes o ya futuras; o más bien lo que está determinado es el derrotero de vida de sus criaturas?

Como podemos apreciar, la disyuntiva "determinismo o indeterminismo" está lejos de ser resuelta por los seres humanos, lo cual no implica que algún día del futuro pueda ser zanjada tal vez. Quizás sea un problema de conceptos y terminología insuficientemente desarrollados, demasiado pueriles al presente como para poder abordar el asunto con la exactitud y el rigor que se requieren.

Predestinación o no predestinación.

¿Se encuentra "escrito" ya, de algún modo y en alguna parte, nuestro destino individual y colectivo? Esta pregunta se podría plantear también, de una manera más global, así: ¿Estará la realidad determinada, con fuerte determinismo, para todo aquél que posea la herramienta apropiada capaz de leer minuciosamente todos los elementos de la realidad y así poder alcanzar una visión infalible del futuro? ¿O será sólo el Creador el que posee esa hipotética herramienta, y nadie más? ¿Y si sucediera que no hubiera nada escrito de antemano, sino que simplemente el Todopoderoso puede aproximarse tanto como desee a hacer

previsiones futuristas certeras? Por otra parte: ¿Se podría encontrar alguna clase de equivalencia, o no, entre el determinismo fuerte y la prospectiva (conjunto de análisis y estudios encaminados a explorar y predecir el futuro, en un determinado aspecto de la realidad)?

El ser humano tiene la capacidad mental de elucubrar acerca del futuro con más o menos acierto, y cuando usa buenas herramientas de estudio, su habilidad de predicción aumenta. Además sus aciertos suelen ser mayores cuando la predicción es a corto plazo y peores cuando es a largo plazo. Evidentemente, cuantas más herramientas técnicas y científicas tenga a su disposición, más exactas serán sus predicciones, como se ejemplifica en el caso del pronóstico meteorológico. Actualmente, de mucha ayuda le son las simulaciones por ordenador. Y, en todo esto, parece haber una progresión hacia una mayor exactitud en la previsión, de acuerdo con el avance de la técnica, si bien dicho progreso puede ser muy pequeño en algunos casos. Pues bien, si esto es así en el ámbito humano, ¿cómo será en el seno del Creador, cuyo nivel de conocimiento supera infinitamente al del hombre? ¿De qué recursos dispondrá el Sumo Hacedor y cuán elevados serán?

Es interesante lo que se ha investigado en Ciencias Sociales. Dado que las ciencias sociales estudian tanto la conducta individual como colectiva (esto es, la conducta de sistemas formados por diversos individuos), existen formas teóricas de determinismo que sostienen que el comportamiento global del sistema es determinista aunque sin afirmar nada sobre el determinismo de los individuos (ausencia o indefinición de determinismo individual); y también hay formas más radicales, pero menos mayoritarias, que sostienen el determinismo incluso a nivel de individuo. Algunos autores, como Marvin Harris que no son estrictamente deterministas, han planteado la posibilidad de un determinismo probabilista, por el cual no serían los hechos en sí mismos los que están determinados sino la probabilidad de que un sistema social evolucione en un sentido u otro. Esto último parece corroborar la idea de que es mucho más fácil prever el comportamiento de la masa que el de un solo individuo o unos pocos, aislados de la misma.

Existen varias teorías que postulan alguna forma de determinismo para la evolución de los sistemas sociales. En general, estas teorías proponen alguna forma de determinismo débil, justificando que el determinismo al que se refieren no es tanto al hecho de que el comportamiento de los individuos pudiera ser determinista en sí mismo, sino más bien a que la propia estructura y las restricciones impuestas a los sistemas son los que producen el determinismo, aun cuando los individuos realmente puedan estar dotados de libre albedrío. En esta línea de pensamiento se encontraría el denominado "determinismo económico", que afirma que la evolución de las sociedades está gobernada o restringida por factores económicos; el filósofo Karl Marx sugirió que las estructuras sociales están fuertemente condicionadas por factores económicos y el modo de producción, a su vez, determinado por la tecnología (las fuerzas productivas); esto ha llevado a que algunos enfoques tecnocráticos actuales asuman tácitamente el determinismo económico, a saber, que un mismo conjunto de medidas económicas aplicadas a gran escala producirán resultados idénticos (o muy parecidos) en sociedades diferentes y en tiempos diferentes, con independencia de otros factores extraeconómicos de tipo político, social y cultural.

Debido al fortísimo impacto que la ciencia y la tecnología ha tenido, y tiene, en la sociedad humana, muchos autores opinan que las fuerzas técnicas determinan los cambios sociales y culturales. Esta posición, de "determinismo tecnológico", es similar a la mantenida por Jared Diamond, Marvin Harris o Karl Marx, para los cuales los factores materiales, entre ellos la tecnología y los recursos disponibles, condicionan fuertemente otros desarrollos sociales, aunque ninguno de los tres autores es un determinista propiamente dicho. Esta corriente, que se perfila mayoritariamente en torno a la denominada "Escuela de Toronto", estudia los medios de comunicación que prestan especial atención a su naturaleza tecnológica y a cómo ésta influye y determina los usos sociales que se hacen de ella e incluso las formas sociales que surgen de ellos.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, se desarrolló un tipo de determinismo denominado "determinismo geográfico"; y es que para muchos teóricos el medio físico tenía gran poder para determinar a las sociedades humanas como colectivo y al hombre como individuo, así como el nivel de desarrollo socioeconómico y cultural; por lo que los seres humanos deberían adaptarse a las

condiciones impuestas por el medio. Esta "escuela geográfica", o "forma de hacer geografía", se considera impulsada por el geógrafo alemán Friedrich Ratzel. La geógrafa estadounidense Ellen Churchill Semple llevó estas ideas hasta extremos radicales en su obra "Influences of Geographic Environment on the Basis of Ratzel's System of Anthro-geo-graphy". Una variante de este tipo de determinismo es el "determinismo climático", que establece que la cultura y la historia resultan muy condicionadas por las características climáticas de la zona donde se vive. Un ejemplo de este tipo de determinismo es el que plantea Ellsworth Huntington en sus obras "Clima y Civilización" y "The Pulse of Asia", en donde se afirma que los orígenes de la civilización están determinados por el clima; si el clima no es favorable, no se producirá un elevado nivel de desarrollo humano (civilización). Otra forma de determinismo geográfico débil es la postura de Jared Diamond, quien sugiere que la presencia de ciertos animales domesticables o ciertos recursos naturales en ciertas regiones ha tenido un impacto decisivo en la expansión de las civilizaciones antiguas y modernas.

El panorama académico se muestra desconcertado en lo que toca a los planteamientos deterministas, puesto que no ofrecen un consenso definitorio ni un marco teórico unificado de cara a establecer criterios que permitan la solución de los problemas suscitados. Veamos. Hay determinismos de todas clases, a veces contradictorios entre sí. Hobbes niega la libertad en virtud de la convivencia social, aduciendo que la sociedad es la que impone las reglas o leyes necesarias para equilibrar los intereses y deseos individuales, pues en caso de faltar dicha reglamentación el hombre desembocaría en un caos generalizado que atentaría contra todos y cada uno de los individuos, pues como afirma este autor: "Homo homini lupus" (El hombre es un lobo para el hombre). Está también el "determinismo de clase", que señala que el nivel social en el que mueren los individuos está ligado, o correlacionado probabilísticamente, con el nivel social en el que nacen las personas; de manera que, en términos sociales, existe inamovilidad; y esto se considera un antónimo del sueño americano, porque parece que la sociedad no mide el valor de las personas en función de sus ideas, pensamientos o logros personales, sino por su nivel social, siendo entonces imposible escalar en la sociedad a menos que se esté destinado para ello.

Nuevamente, dentro de las formas de determinismo, en relación con los individuos, existen posturas que van desde el determinismo probabilista hasta el determinismo fuerte que niega cualquier papel del azar. Desde el punto de vista humano, el determinismo individualista fuerte sostiene que no existe el libre albedrío sino que nuestra vida está regida o fuertemente determinada por circunstancias que escapan a nuestro control de modo que nadie es responsable, en última instancia, de lo que hace o deja de hacer.

Hay, por otra parte, un tipo de determinismo que podemos denominar "determinismo biológico" y que englobaría un conjunto de teorías que defienden la posibilidad de dar respuestas últimas al comportamiento de los seres vivos a partir de su estructura genética. Por lo tanto, la conducta, tanto de los animales como del hombre, obedece a formas que han sido necesarias para la supervivencia de sus genes, y las cuales se extienden a complejos sistemas sociales adaptados a su más favorable proceso evolutivo.

Dentro del determinismo biológico cabe destacar el llamado "determinismo genético", que afirma, en su versión más fuerte, que nosotros no somos libres porque estamos condicionados o determinados por nuestros genes. Pero en las versiones más débiles el determinismo genético sostiene que nuestra personalidad y en gran medida nuestro éxito y acciones en la vida están sujetas ante todo a nuestros genes, que serían el factor explicativo principal; no obstante, se admiten otros factores probabilísticos que pudieran estar sujetos al azar.

Y contra el determinismo biológico se levanta el "determinismo ambiental o educacional", también llamado "determinismo conductista", el cual afirma que no son los genes los que nos condicionan, sino la educación que recibimos a lo largo de nuestra vida, siendo ésta la causante de nuestro comportamiento. Para el determinismo conductista tampoco somos libres, porque nuestras conductas fueron condicionadas educacionalmente. El psicólogo B. F. Skinner defendía esta postura, al igual que J. B. Watson.

El galimatías académico suscitado en torno a la noción de determinismo no acaba aquí, sino que se extiende a muchos más campos cognitivos. Así, también está el denominado "determinismo psíquico", concepto acuñado por el psicoanálisis. El determinismo psíquico es una idea que afirma que todo fenómeno

psíquico tiene una causa y, por lo mismo, también la libre elección o decisión humana, en donde la causa debe entenderse como la fuerza motivacional más potente, o bien la situación psicológica interna determinada por todos los condicionamientos procedentes de la herencia, la biología, la educación, el temperamento y el carácter de la persona que decide o de su inconsciente.

Se habla también del "determinismo lingüístico" para referirse al hecho de que la forma concreta de la lengua que hablamos y los conceptos presentes en la misma imponen o condicionan fuertemente el tipo de razonamientos, concepciones e ideas sobre cómo es el mundo. La hipótesis de Sapir-Whorf, muy popular a mediados del siglo XX, es una forma de determinismo lingüístico. Pero, en general, la mayor parte de los determinismos lingüísticos han sido muy criticados y discutidos tanto por lingüistas como por especialistas en ciencia cognitiva.

En física, el determinismo sobre las leyes naturales fue dominante durante siglos, siendo algunos de sus principales defensores Pierre Simon Laplace y Albert Einstein. Laplace, quien contribuyó enormemente al desarrollo de la física y la teoría de probabilidades, afirmó: "Podemos mirar el estado presente del universo como el efecto del pasado y la causa de su futuro. Se podría concentrar un intelecto que en cualquier momento dado sabría todas las fuerzas que animan la naturaleza y las posiciones de los seres que la componen. Si este intelecto fuera lo suficientemente vasto para someter los datos al análisis, podría condensarse en una simple fórmula de movimiento de los grandes cuerpos del universo y del átomo más ligero; para tal intelecto nada podría ser incierto y el futuro, así como el pasado, estaría frente sus ojos".

La mecánica clásica y la relatividad son teorías que postulan leyes de evolución temporal, es decir, ecuaciones de movimiento, de tipo determinista. Ha habido autores como Karl Popper o Ilya Prigogine que han intentado rebatir este determinismo en la física clásica basándose en argumentos tales como la existencia de sistemas con bifurcaciones, la flecha del tiempo, el caos, etc. Sin embargo, según López Correioira, todo lo que han conseguido estos autores es básicamente confundir de manera inapropiada el determinismo con la predictibilidad. El determinismo es inseparable de la mecánica clásica y de la teoría de la relatividad, pero no así la predictibilidad, pues, a pesar del hecho determinista en el modo en que las mecánicas clásica y relativista tratan la evolución temporal de los sistemas físicos, en la práctica existen muchas dificultades para lograr un conocimiento completo del estado físico de un sistema clásico o relativista.

Muchos especialistas consideran a la mecánica cuántica como un marco a favor de la aleatoriedad y como una teoría no determinista, al basarse en probabilidades y al aparentar no estar regida por principios comunes con la mecánica tradicional. Pero cuando se examina esto más de cerca, se nota que el fenómeno al que normalmente nos referimos como azaroso es meramente una cuestión de falta de conocimiento. Si conociéramos la ubicación, la velocidad y otras características, contempladas por la física clásica, de todas las partículas en el universo con certeza absoluta, entonces seríamos capaces de predecir casi todos los procesos que se dan en el mundo cotidiano. Podríamos incluso predecir los números ganadores de la lotería. Así, pues, se utiliza la probabilidad porque cualquier medición exacta tiene el efecto de alterar el resultado; pero esto no implica que dentro de la mecánica cuántica, esos procesos "aleatorios" sean también producto de causas desconocidas. Varios generadores aleatorios (generadores cuánticos de cifras, por ejemplo) se basan en esta supuesta "impredictibilidad" para crear "azar puro"; pero de hecho lo que sucede es que desconocemos los factores implicados, y si podemos alterarlos o no; y así creamos la ilusión de algo aleatorio, tal como cuando tiramos un par de dados o jugamos a la ruleta. Esto da pie a la doctrina del "determinismo fuerte", no muy bien visto en ciencias naturales, en general; pues la mayoría de los investigadores se ha decantado hacia un "determinismo débil". Este determinismo fuerte se ha hecho sinónimo de "determinismo cosmológico", al afirmar que el universo se rige por unas leyes físicas inquebrantables (incluso nosotros también); por tanto, todo lo que acontece sucede así porque nunca podría haber sucedido de otra manera.

La verdad es que si el Creador puede vaticinar el futuro con tanta exactitud como desee, cabría pensar que toda la realidad está sujeta a un determinismo fuerte. Todo está férreamente determinado en

el universo, al menos en nuestro universo; pero sólo Dios tiene la capacidad de acceder a las claves cognitivas que Le permiten examinar dicho determinismo con precisión total. Y de aquí a pensar que en el cosmos todo está ya escrito de antemano hay un paso, por lo que fácilmente podríamos concluir que el Todopoderoso puede "leer" el futuro con absoluta claridad. Hasta hay quien piensa que Dios vive fuera del tiempo, en un presente perpetuo, de tal manera que para Él no existe ni pasado ni futuro sino únicamente presente.

En el estado actual de nuestros conocimientos no parece probable que podamos entender bien el hecho de que Dios pueda predecir el futuro con tanta exactitud como desee, posiblemente porque nuestra conceptualización científica y técnica está todavía en un periodo muy primitivo, a pesar de todos los adelantos ocurridos en los últimos dos o tres siglos. Es reciente el descubrimiento de que existen infinitos órdenes de infinitud, y no obstante hay muchas paradojas que resolver aún en este campo; la misma noción de "tiempo" está en estado de esclarecimiento, y los investigadores no son capaces de ponerse de acuerdo en cómo abordar el estudio eficaz de ésta; la teoría de sistemas de máxima complejidad está en desarrollo y se presume que le falta un largo recorrido para alcanzar su madurez; y así sucesivamente, siendo muchos los campos del saber que deberán desarrollarse suficientemente para conseguir abordar la cuestión de la predictibilidad desde una óptica necesariamente multidisciplinar y remuneradora.

Los estudiosos de las santas escrituras pueden acortar sus incertidumbres recurriendo a la revelación bíblica, ya que según ella "la palabra de Dios (la revelación escrita) es una lámpara para el pie y una luz para la vereda por la que se transita" (Salmo 119: 105). Por lo tanto, si consideramos que aquí (en este contexto particular) la "vereda" es la difícil cuestión de cómo entender la capacidad predictiva divina y el "pie" es cada una de las conclusiones que nos llevan finalmente a la elaboración de una teoría al respecto, bien haremos en indagar profundamente en la sagrada escritura para evitar deslizarnos por senderos erróneos.

Desgraciadamente, muchos teólogos han desacertado en este asunto. Algunos se han sumergido en un punto de vista radical, en un determinismo religioso, afirmando que si Dios lo sabe todo será porque él mismo ha determinado todas las cosas según su criterio, por lo que Dios es la causa de las acciones humanas. El calvinismo mantiene que el ser humano carece de libre albedrío, y que está predestinado. En contraste, otras corrientes del protestantismo en general se oponen al determinismo diciendo que si Dios es omnipotente también puede hacer al ser humano libre aunque sepa lo que éste va a hacer. Es decir, Dios y el hombre serían conjuntamente los autores de los actos humanos. Pues bien, en cualquiera de estos casos se debilita la creencia en la libertad humana tal como se expresa en la Biblia, con su consiguiente responsabilidad moral; y con ello se desacreditan automáticamente muchos pasajes de la sagrada escritura que imputan fuerte responsabilidad al ser humano por su comportamiento.

La "predestinación" es, por tanto, un tipo de determinismo teológico, una doctrina religiosa, bajo la cual se discute la relación entre el principio de las cosas y el destino de las cosas. Su naturaleza religiosa lo distingue de otras ideas con respecto al determinismo o el libre albedrío (la cuestión del libre albedrío implica una discusión previa en cuanto a la existencia o no de determinismo en las leyes naturales y consecuentemente en la conducta humana, puesto que la admisión del determinismo supondría automáticamente la conculcación, en mayor o menor medida, del libre albedrío, dependiendo de si tal determinismo tiene carácter fuerte o débil).

La doctrina de la predestinación concierne a la concepción teológica de la toma de decisiones por parte de Dios en cuanto a crear y gobernar la creación y la evolución de la misma determinando lo que será del destino de grupos e individuos. El término procede del latín "praedestinatio" y en la teología de la cristiandad se aplica a la idea de que Dios conoce desde la eternidad el destino del universo y de cada persona. Agustín, en la Iglesia católica, y Calvino, en el protestantismo, son autores especialmente vinculados a esta doctrina, aunque entre ellos se dan diferencias notables de puntos de vista.

Juan Calvino creía en la predestinación y completó su creencia con la convicción de que Dios, desde el principio de la Creación, ya había predeterminado quién se salvaría y quién se condenaría. Aunque pudiera parecer que una doctrina como ésta, en la que, independientemente de lo que uno haga, Dios ya ha

predeterminado si la persona se salvará o no, quizás no sea el mejor estímulo para alentar un comportamiento moral, en la práctica tuvo una curiosa influencia positiva. Esto se explica así: puesto que al obrar y vivir en el temor de Dios uno lo interpretaría como síntoma de que es uno de los pocos elegidos, todos desearían descubrir en sí mismos los signos de la gracia divina y obrarían convenientemente. La doctrina de Calvino vendría a ser, pues, una especie de profecía que se obliga a sí misma.

Toda concepción de un cosmos ordenado o racional tiene implicaciones deterministas, como consecuencia lógica de la idea de la previsibilidad. Pero la predestinación se refiere generalmente a un tipo específicamente religioso de determinismo, especialmente encontrado en varios sistemas teológicos donde la omnisciencia es atribuida a Dios con matices erróneos. Además, la discusión de la predestinación implica generalmente la consideración de si Dios es omnisciente, o eterno o atemporal (fuera del flujo del tiempo). En ratificación de estas ideas, los teólogos deducen que Dios puede ver el pasado, el presente y el futuro, pues de otra manera no podría preconocer el futuro. Ahora bien, si Dios en algún sentido sabe tempranamente lo que sucederá, entonces los acontecimientos en el universo se predeterminan efectivamente del punto de vista de Dios. Esto en sí mismo no es predestinación (aunque implique el determinismo). La predestinación acarrea la noción de que Dios ha determinado el porvenir, esto es, lo que será el destino de las criaturas, y no que simplemente esté enterado de ello.

El Judaísmo ha aceptado la posibilidad de que Dios sea atemporal, mientras que otras formas del judaísmo no. Los Judíos pueden utilizar la omnisciencia o la "preordenación", ésta última como un corolario de la omnisciencia, pero rechazan normalmente la idea de la predestinación como una noción completamente extraña e insostenible. El Islam tiene tradicionalmente fuertes puntos de vista concordantes con la predestinación, semejantes a algunos que se encuentran en la cristiandad. En el Islam, Alá sabe y ordena cualquier cosa que pasa. Los musulmanes creen que Dios es literalmente atemporal, eterno y omnisciente al mismo tiempo.

Pero parece que la doctrina de la preordenación provoca disensiones y malos entendidos entre teólogos, que discrepan en el contenido doctrinal (para un colectivo de pensadores judíos la preordenación equivale a omnisciencia, pero para un buen número de teóricos de la predestinación la preordenación es un concepto más abarcador que la predestinación). La mayoría de los teólogos asumen que "preordenación" significa el ordenamiento de Dios sobre lo creado, o sus decretos, o la determinación o designación por Él de cualquier cosa que vaya a suceder en el universo, hasta la misma eternidad de los tiempos. Debemos subrayar aquí la expresión "cualquier cosa", porque ésa es la peculiaridad que distingue la preordenación de la predestinación. Así, la Preordenación es un concepto teológico que incluye todo y que abarca todo; y nos da a entender que no hay nada en todo el universo que esté exento de esta marca preordenadora del Dios Eterno. Una piedra o un animal, un hombre o un ángel, el pertenecer a este mundo o a otro, el estar en el pasado o en el futuro... , todo ello está preordenado, en sujeción absoluta al decreto eterno de Dios.

Cuando, por otra parte, hablamos de la Predestinación, venimos a considerar una porción, y solamente una porción, del abarcador concepto de la Preordenación. Por consiguiente, cuando los teólogos hablan de Preordenación suelen referirse a todas las cosas creadas, pero cuando hablan de Predestinación se refieren solamente a una parte del total creado, una parte muy pequeña de ese total. Predestinación es, según esto, la parte de la preordenación que trata de las acciones de las criaturas moralmente libres, sean ángeles u hombres. En consecuencia, la doctrina de la Predestinación enseña que Dios ha preordenado específicamente las acciones de las criaturas moralmente libres.

Por ejemplo, cuando una persona deja caer un bolígrafo al suelo, se están cumpliendo al unísono la teoría de la Preordenación y la de la Predestinación. Si enfocamos la atención en la caída del bolígrafo, como simple hecho físico, estamos ante el prisma de la Preordenación; y ello no es más que una parte de la totalidad de cosas que han sido decretadas eternamente por Dios. Pero debido a que el bolígrafo es un ser inanimado y no una criatura moralmente libre, su caída física no pertenece al reino de la Predestinación propiamente dicho, sino más bien a la Preordenación. El bolígrafo no quiere caer, no escoge caer. Su caída es el resultado de un acto deliberado ajeno a él, causado por alguien que ha actuado. En consecuencia, la caída del bolígrafo no pertenece a la predestinación, sino que es parte de preordenación, meramen-

te. Sin embargo, cuando consideramos la acción deliberada de dejar caer el bolígrafo, entonces tenemos un instante de predestinación; es la actuación de un agente moralmente libre, que decide provocar la caída del bolígrafo. Y siendo un agente moralmente libre, éste entra en el dominio de la predestinación. En definitiva, cuando hablamos de la caída del bolígrafo estamos hablando de preordenamiento; pero cuando hablamos de que una persona hace caer el bolígrafo, entonces hablamos de predestinación.

Pues bien, la doctrina de la predestinación propone que hasta la actuación de un agente moralmente libre está preordenada, o prefijada de antemano. Pero este punto de vista resulta chocante a la luz de la sagrada escritura, puesto que en ella se expone que Dios pide cuentas y responsabilidades a sus criaturas inteligentes por la manera en que éstas usan su libre albedrío; y esto sería ilógico si el Creador las hubiera predestinado, es decir, si a fin de cuentas el libre albedrío fuera un concepto realmente ficticio. La entidad exegética y sociedad bíblica conocida como Watchtower Bible And Tract, en su revista "la atalaya" de fecha 5-2-1995, páginas 3 a 7, bajo el tema "¿Tiene Dios fijado ya nuestro destino?", comenta, en parte, lo siguiente: «El tema de la predestinación ha inquietado a mucha gente a través de la historia. Fue parte importante de la controversia que dio origen a la Reforma, y, aun dentro de la Iglesia Católica, fue objeto de apasionadas discusiones durante siglos. Aunque hoy ya no se debate tanto, persiste el problema. ¿Quién no desearía saber si su destino ya está fijado?»

¿Qué se entiende por "predestinación" en las iglesias? El "dictionnaire de théologie catholique" considera que es "el propósito divino de conducir a la vida eterna a ciertas personas designadas por nombre". Generalmente se cree que los escogidos, "designados por nombre", son las personas a quienes se refiere Pablo en su carta a los Romanos, en los siguientes términos: "Todas las cosas cooperan juntas para el bien de los que aman a Dios, los que son llamados según su propósito. Porque a los que conoció en su presciencia, los predestinó también para ser conformados a la imagen de su Hijo [...]. Y a los que predestinó, los llamó también; y a los que llamó, los justificó también; y a los que justificó, también los glorificó". (Romanos 8:28-30, Versión Moderna)... Supuestamente Dios escogió a algunas personas aun antes de que nacieran, con miras a que participaran de la gloria de Cristo en los cielos. Esta idea nos lleva a esta cuestión por tanto tiempo debatida: ¿escoge Dios arbitrariamente a los que quiere salvar, o tiene el hombre libre albedrío y un papel que desempeñar en obtener y retener el favor de Dios?

Agustín [fue] el padre de la predestinación. Aunque otros padres de la Iglesia habían escrito previamente sobre la predestinación, por lo general se dice que Agustín (354-430 de la EC) puso el fundamento de la doctrina tanto para la Iglesia Católica como para las iglesias protestantes. Según Agustín, Dios ha predestinado a los justos desde la eternidad para recibir bendiciones eternas. Por otra parte, los injustos, si bien no han sido predestinados por Dios en el sentido estricto de la palabra, recibirán el castigo merecido por sus pecados: la condenación. La explicación de Agustín dejó poco espacio para el libre albedrío, con lo que se abrió el camino para muchas controversias.

El debate sobre la predestinación y el libre albedrío se presentó con regularidad durante la Edad Media, y llegó a su punto culminante durante la Reforma. Según Lutero, Dios tenía la libre opción de predestinar a los individuos que quisiera sin prever los méritos o buenas obras futuros de los escogidos. Calvino llegó a una conclusión más radical con su concepto de la predestinación doble: algunos son predestinados para la salvación eterna y otros para la condenación eterna. Sin embargo, éste también consideraba que la selección de Dios era arbitraria, hasta incomprensible.

El tema de la predestinación y la cuestión tan relacionada de la "gracia" —palabra utilizada por las iglesias para designar el acto por el cual Dios salva y declara justo al hombre— adquirieron proporciones tan grandes que en 1611 la Santa Sede católica prohibió toda publicación sobre el tema sin su consentimiento.

Dentro de la Iglesia Católica, las enseñanzas de Agustín recibieron un fuerte apoyo de los jansenistas franceses de los siglos XVII y XVIII. Favorecían un estilo de cristianismo muy austero y elitista, e incluso contaban con seguidores entre la aristocracia. Pero la controversia no disminuyó. El rey Luis XIV ordenó la destrucción de la abadía de Port-Royal, el centro difusor del pensamiento jansenista.

En las iglesias reformadas protestantes, la discusión no había terminado, ni mucho menos. Los ar-

minianos, seguidores de Jacobus Arminio, creían junto con otros grupos que el hombre tenía un cometido que llevar a cabo en su propia salvación. El sínodo protestante de Dordrecht (1618-1619) zanjó la cuestión temporalmente al adoptar una forma estricta de ortodoxia calvinista. Según el libro "l'aventure de la Réforme—le monde de Jean Calvin", esta polémica sobre la predestinación y el libre albedrío originó en Alemania un largo período de "intentos infructuosos de reconciliación, abusos, encarcelamientos y destierros de teólogos".

¿Predestinación o libre albedrío? Desde el comienzo estas dos ideas diametralmente opuestas, la predestinación y el libre albedrío, desencadenaron muchos conflictos acalorados. Agustín no había podido explicar esta incompatibilidad. Calvino la veía como una expresión de la voluntad soberana de Dios, y por tanto inexplicable. Pero ¿nos ayuda la Biblia a entender estas cuestiones con más claridad al revelar las cualidades de Dios? ¿Puede conciliarse la predestinación con el amor de Dios?

"Llamamos predestinación al eterno decreto de Dios, por el que ha determinado lo que quiere hacer de cada uno de los hombres. Porque Él no los crea a todos con la misma condición, sino que ordena a unos para la vida eterna, y a otros para condenación perpetua". Así definió el reformador protestante Juan Calvino su concepto de predestinación en el libro "Institución de la religión cristiana". Este concepto se basa en la idea de que Dios es omnisciente y que los actos de sus criaturas no pueden poner en entredicho sus propósitos ni obligarlo a cambiar. Pero ¿es esto realmente lo que da a entender la Biblia acerca de Dios? Más importante aún, ¿es dicha explicación compatible con las cualidades de Dios, especialmente el amor, su cualidad principal?

Dios puede predecir el futuro. Se refiere a sí mismo como "Aquél que declara desde el principio el final, y desde hace mucho las cosas que no se han hecho; Aquél que dice: 'Mi propio consejo subsistirá, y todo lo que es mi deleite haré'" (Isaías 46: 10). A través de la historia del hombre, Dios ha hecho que se pongan por escrito sus profecías para mostrar que puede usar su presciencia y predecir acontecimientos con antelación. Por esa razón, en los días de Belsasar, el rey de Babilonia, cuando el profeta Daniel tuvo un sueño de dos bestias salvajes, una de las cuales suplantaría a la otra, Jehová le dio la interpretación: "El carnero que tú viste que poseía los dos cuernos representa a los reyes de Media y Persia. Y el macho cabrío peludo representa al rey de Grecia" (Daniel 8: 20,21). Es obvio que Dios utilizó su presciencia para revelar la sucesión de potencias mundiales. Al Imperio babilonio, que prevalecía en aquel tiempo, le seguiría Medopersia y después Grecia.

Las profecías también pueden referirse a un solo individuo. Por ejemplo, el profeta Miqueas dijo que el Mesías nacería en Belén (Miqueas 5:2). También en este caso Dios usó su presciencia. Sin embargo, este suceso se anunció con un propósito particular: la identificación del Mesías. Este caso no justifica que se pueda generalizar la doctrina de la predestinación para todo el mundo. Al contrario, las Escrituras revelan que hay situaciones en las que Dios opta por no saber de antemano un determinado resultado. Poco antes de destruir a Sodoma y Gomorra, dijo: "Estoy completamente resuelto a bajar para ver si obran del todo conforme al clamor que acerca de ello ha llegado a mí, y, si no, podré llegar a saberlo". (Génesis 18: 21). Este texto nos muestra con claridad que Dios no preconoció el grado de depravación de aquellas ciudades antes de investigarlas.

Es cierto que Dios puede prever ciertos sucesos, pero en muchos casos ha optado por no emplear su presciencia. Como es todopoderoso, es libre de utilizar sus capacidades como él desee, no como deseen seres humanos imperfectos.

Al igual que Calvino, hay quienes afirman que Dios predeterminó la caída del hombre antes de crearlo y que ya había predestinado a los "escogidos" antes de aquella caída. Pero si esto fuera cierto, ¿no habría sido hipócrita Dios al ofrecer a Adán y Eva la perspectiva de vida eterna, sabiendo que no podrían alcanzarla? Además, en ningún lugar de las Escrituras se niega que a la primera pareja humana se le presentaran dos opciones: seguir la dirección divina y vivir para siempre, o rechazarla y morir (Génesis, capítulo 2).

Pero, ¿impidieron en realidad Adán y Eva que Dios llevara a cabo su propósito? No, pues inmediatamente después del pecado de ellos, Dios anunció que produciría una "descendencia" que destruiría a Sata-

nás y a sus agentes, y que él enderezaría de nuevo los asuntos en la Tierra. Tal como unos cuantos insectos no pueden impedir que un hortelano produzca buenas cosechas, así la desobediencia de Adán y Eva no impedirá que Dios convierta la Tierra en un paraíso (Génesis, capítulo 3). Más tarde Dios reveló que se confiaría un Reino a un descendiente del rey David y que otras personas formarían parte de él. A éstos se les llama "los santos del Supremo" (Daniel 7:18; 2 Samuel 7:12; 1 Crónicas 17:11).

El hecho de que Dios optara por desconocer el derrotero que tomaría la humanidad no le impedía profetizar las consecuencias de las acciones buenas o malas del hombre. Al mecánico que advierte a un conductor de la precaria condición de su vehículo no se le puede responsabilizar si ocurre un accidente, ni acusársele de predestinarlo. De igual modo, a Dios no se le puede acusar de predestinar las tristes consecuencias de las acciones de algunos individuos.

Ése también fue el caso de los descendientes de la primera pareja humana. Antes de que Caín matara a su hermano, Jehová le presentó dos opciones: ¿lograría Caín el dominio sobre el pecado, o se dejaría dominar por él? En el relato no hay nada que indique que Jehová hubiera predeterminado que Caín haría la peor selección y mataría a su hermano. (Génesis 4:3-7.)

Posteriormente, la Ley mosaica advirtió a los israelitas de lo que sucedería si se apartaban de Jehová; por ejemplo, si tomaban esposas de naciones paganas. Y ocurrió lo que se predijo. Esto puede verse en el caso del rey Salomón, que, influido por sus esposas extranjeras, practicó la idolatría al final de su vida (1 Reyes 11:7,8). Sí, Dios advirtió a su pueblo, pero no predestinó cuáles serían sus acciones individuales.

Se anima a los escogidos cristianos a perseverar si no quieren perder la recompensa de reinar con Cristo en el cielo que se les ha prometido (2 Pedro 1:10; Revelación 2:5,10, 16; 3:11). Como han preguntado algunos teólogos en el pasado: ¿Por qué se darían tales recordatorios si el llamamiento de los escogidos fuera definitivo?

Como el hombre fue creado "a la imagen de Dios", se le dio libre albedrío (Génesis 1:27). Éste era indispensable para que los seres humanos honraran y sirvieran a Dios por amor, no como robots que ya tuvieran programado de antemano todo movimiento. El amor de criaturas inteligentes y libres haría posible que Dios refutara acusaciones injustas. Él dice: "Sé sabio, hijo mío, y regocija mi corazón, para que pueda responder al que me está desafiando con escarnio" (Proverbios 27:11).

Si los siervos de Dios estuvieran predestinados, o, por decirlo así, programados, ¿no podría ponerse en entredicho la sinceridad del amor de ellos a su Creador? Y, ¿no sería contrario a la imparcialidad de Dios seleccionar de antemano a las personas destinadas a la gloria celestial y a la felicidad sin tomar en cuenta sus méritos individuales? Además, si a algunas personas se las trata con esta preferencia, mientras que a otras se las destina al castigo eterno, difícilmente podrían los "escogidos" tener sentimientos sinceros de gratitud (Génesis 1:27; Job 1:8; Hechos 10:34,35).

Por último, Cristo dijo a sus discípulos que predicaran las buenas nuevas a toda la humanidad. Si Dios ya hubiera escogido a los que salvará, ¿no enfriaría esto el celo que muestran los cristianos en la evangelización? ¿No carecería de sentido la predicación?

El amor imparcial de Dios es la motivación más poderosa que impulsa al hombre a amarlo. La mayor expresión del amor de Dios fue dar a su Hijo en sacrificio a favor de hombres imperfectos, pecadores. La presciencia de Dios con respecto a su Hijo es un caso especial, pero nos asegura que las promesas de restauración que dependen de Jesús sin falta se cumplirán. Así que pongamos fe en su Hijo y acerquémonos a Él. Mostremos nuestro aprecio aceptando la invitación de Dios de establecer una buena relación con nuestro Creador. Él dirige hoy esta invitación a todos los que desean ejercer su libre albedrío y mostrarle su amor.

"A los que de antemano Dios conoció también los predestinó a ser hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primero entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; a los que justificó, también los glorificó" (Romanos 8:29,30, Nueva Versión Internacional). ¿Cómo hemos de entender el término "predestinó" que utiliza Pablo en estos versículos?

El razonamiento de Pablo no es un argumento perentorio en favor de la predestinación individual. En los años de 1930, el "dictionnaire de théologie catholique" explicó los argumentos de Pablo (Romanos, capítulos 9-11) de esta forma: "Entre los exégetas católicos predomina cada vez más la opinión de que no se ha enunciado el concepto de predestinación para vida eterna". La misma obra de consulta cita a continuación de M. Lagrange, con estas palabras: "La cuestión que trata Pablo directamente no es en absoluto la de la predestinación y la reprobación, sino únicamente la del llamamiento de los gentiles a la gracia del cristianismo, siendo su antítesis la incredulidad de los judíos. [...] Tiene que ver con colectividades, los gentiles, los judíos y no directamente con individuos determinados".

Más recientemente, la Biblia de Jerusalén presentó la misma conclusión respecto a estos capítulos (9-11), y dijo: "No se trata, pues, en estos cap[ítulos] del problema de la predestinación de los individuos a la gloria ni aun a la fe, sino del problema del papel histórico de Israel, al que únicamente se refieren las afirmaciones del A[ntiguo] T[estamento]". Los últimos versículos del capítulo 8 de Romanos forman parte de este mismo contexto. Así que estos versículos nos recuerdan que Dios previó la existencia de una clase, o colectividad, de seres humanos que recibirían el llamamiento para reinar junto con Cristo, y los requisitos que tendrían que satisfacer, pero sin designar de antemano a qué individuos se escogería en particular, pues eso sería contrario a su amor y su justicia».

Presciencia y predeterminación.

En la sagrada escritura, la palabra que por lo general se traduce por "presciencia" se encuentra en las Escrituras Griegas Cristianas, aunque este mismo concepto se halla reflejado también en las Escrituras Hebreas. Según el libro "Perspicacia para comprender las Escrituras", ya citado anteriormente, páginas 701-710: «El término "presciencia" traduce la palabra griega "prógnosis" (de **pro**, "antes", y **gnosis**, "conocimiento"). La forma verbal correspondiente, "proguinosko", se emplea en dos ocasiones con referencia a los seres humanos: en el comentario de Pablo respecto a ciertos judíos que lo habían "conocido de antes" y en la referencia que hace Pedro al "conocimiento de antemano" que tenían aquéllos a quienes dirigió su segunda carta (Hechos 26:4,5; 2 Pedro 3:17). En este último caso es obvio que tal presciencia no era infinita, es decir, no significaba que aquellos cristianos conocían todos los detalles sobre el tiempo, el lugar y las circunstancias relacionados con las condiciones y los sucesos futuros (relativos al "fin del mundo") que Pedro había considerado. Pero sí tenían una idea general de lo que podían esperar (es decir, de las condiciones y peligros que tendrían que ir apareciendo a medida que el fin se acercara), una idea que habían recibido gracias a que Dios inspiró a Pedro y a los otros escritores de la Biblia.

"Predeterminar" traduce la palabra griega "proorizo" (de **pro**, "antes", y **horizo**, "delimitar, demarcar". La palabra española "horizonte" se deriva de la griega **horizon**, que significa "delimitador, demarcador"). Como ilustración del sentido que tiene el verbo griego "horizo", véase la declaración que hizo Jesús con respecto a sí mismo: "El Hijo del hombre se va conforme a lo que está designado [horismenon]"; o las palabras de Pablo cuando dijo que Dios "decretó [delimitó, **horisas**] los tiempos señalados y los límites fijos de la morada de los hombres" (Lucas 22:22; Hechos 17:26). Este mismo verbo también se usa para hacer referencia a la determinación de los hombres, como, por ejemplo, cuando los discípulos "resolvieron [hórisan]" enviar una ministración de socorro a sus hermanos necesitados (Hechos 11:29). No obstante, las referencias específicas a la acción de predeterminar que aparecen en las Escrituras Griegas Cristianas sólo se aplican a Dios.

En la Biblia se dice claramente que Dios puede preconocer y predeterminar. Jehová mismo presenta como prueba de su Divinidad esta capacidad de preconocer y predeterminar acontecimientos de salvación y liberación, así como actos de juicio y castigo, y luego hacer que se realicen. Su pueblo escogido es testigo de ello. La presciencia y la predeterminación divinas constituyen la base de toda profecía verdadera. Jehová desafía a todas las naciones que se oponen a su pueblo a que demuestren la pretendida divinidad de aquéllos a quienes consideran dioses y de sus ídolos, pidiendo que sus deidades profeticen actos de salvación y juicio similares y que luego hagan que se cumplan. Su impotencia ante este desafío demues-

tra que sus ídolos sólo "son viento e irrealidad".

Las sagradas escrituras también muestran que Dios extiende a sus criaturas el privilegio y la responsabilidad de elegir lo que quieren hacer, o ejercer libre albedrío, haciéndolas así responsables de sus actos. Por lo tanto, no son meros autómatas o robots. No se podría afirmar que el hombre fue creado a la "imagen de Dios" si no tuviera libre albedrío. Lógicamente, no debería haber ningún conflicto entre la presciencia de Dios, así como su predeterminación, y el libre albedrío de sus criaturas inteligentes. Debe existir, pues, la posibilidad de compatibilizar ambos aspectos.

Además, las normas y cualidades morales de Dios reveladas en la Biblia, como su justicia, honradez, imparcialidad, amor, misericordia y bondad, deben presidir la manera en cómo Dios usa sus facultades de presciencia y predeterminación. Es evidente que cualquier cosa que Dios preconozca tiene que suceder inevitablemente, por lo que Dios puede llamar a las "cosas que no son como si fueran" (Romanos 4:17). En consecuencia, surge la pregunta: ¿sabe Dios de antemano todo lo que la gente hará? La cuestión que con esto se plantea es: ¿es infinito o ilimitado su ejercicio de la presciencia? ¿Prevé y preconoce todas las acciones futuras de todas sus criaturas, tanto celestiales como humanas? Y, ¿predetermina Dios tales acciones o hasta preordena cuál será el destino final de todas sus criaturas, aun antes de que hayan llegado a existir? O, ¿ejerce quizás Dios su presciencia de manera selectiva o a voluntad, de modo que sólo prevea o preconozca lo que opte por prever o preconocer? Y, en lugar de determinar el destino eterno de sus criaturas antes que lleguen a existir, ¿espera hasta poder juzgar su proceder en la vida y la actitud que demuestren al estar bajo prueba? Las respuestas a estas preguntas sólo pueden hallarse en las santas escrituras y en la información que en ellas se da sobre los tratos de Dios con sus criaturas, así como en aquellas cosas que Su Hijo Jesucristo reveló.

La doctrina de la predestinación supone que Dios ejerce su presciencia hasta un grado infinito y predetermina o preordena el proceder y el destino de todos los individuos. Sus defensores razonan que la Divinidad y la perfección de Dios requieren que sea omnisciente (que todo lo sabe), no sólo tocante al pasado y al presente, sino también tocante al futuro. Según este concepto, el que Dios no preconociera todos los asuntos hasta en los mínimos detalles sería muestra de imperfección. Casos como el de Esaú y Jacob, los hijos gemelos de Isaac, se presentan como prueba de que Dios predetermina el futuro de sus criaturas antes de que nazcan (Romanos 9:10-13); también se citan textos como Efesios 1:4,5 en prueba de que Dios preconoció y predeterminó el futuro de todas sus criaturas aun antes del principio de la creación.

Para que este punto de vista fuera acertado, tendría que armonizar con la explicación bíblica de las cualidades, normas y propósitos divinos, así como la relación justa de Dios con sus criaturas (Revelación 15: 3,4). Sería conveniente, por lo tanto, analizar las implicaciones de la doctrina de la predestinación. Aceptar este concepto implicaría suponer que, gracias a su presciencia, Dios preconoció y predeterminó antes de la creación de los ángeles y del hombre el comportamiento de dicha creación, incluso la rebelión de uno de sus hijos celestiales, la posterior rebelión de la primera pareja humana (Génesis 3:1-6; Juan 8:44) y todas las penosas consecuencias de esa rebelión, tanto hasta el día de hoy como para un futuro. Esto significaría forzosamente que toda la maldad que se ha producido durante la historia (crimen e inmoralidad, opresión y sufrimiento, mentira e hipocresía, adoración falsa e idolatría) existía en un tiempo, antes de la creación, en la mente de Dios, debido a su preconocimiento del futuro hasta los más mínimos detalles.

El que el Creador de la humanidad verdaderamente hubiera ejercido su poder para preconocer todo lo que la historia ha visto desde la creación del hombre querría decir que cuando Él declaró: "Hagamos al hombre" (Génesis 1:26), en realidad habría estado poniendo en marcha deliberadamente toda la iniquidad practicada desde aquel tiempo. Estos hechos ponen en tela de juicio lo razonable y consecuente del concepto predestinatorio, en particular en vista de que el discípulo Santiago muestra que el desorden y otras cosas viles no se originan de los cielos, sino que son de fuente "terrenal, animal, demoníaca" (Santiago 3:14-18).

¿Ejerce Dios la presciencia hasta un grado infinito? Razonar que el que Dios no preconociera todos

los sucesos y circunstancias futuras en pleno detalle revelaría imperfección en realidad denota un concepto arbitrario de lo que es perfección. La perfección propiamente definida no presupone términos tan absolutos e inclusivos, puesto que, en realidad, el que algo sea perfecto radica en que esté a la altura de las normas de excelencia impuestas por alguien capacitado para juzgarlas. En el fondo, los factores decisivos que han de determinar si algo es perfecto o no son la propia voluntad y el beneplácito de Dios, no las opiniones o conceptos humanos.

Examínese el siguiente ejemplo: La omnipotencia de Dios es innegablemente perfecta e infinita. No obstante, la perfección de su poder no requiere que haga uso de la plenitud de su omnipotencia en cualquier caso dado o en todos ellos. Es obvio que no lo ha hecho, pues, de haber sido así, no sólo hubiese destruido algunas ciudades y naciones antiguas, sino que hace mucho que hasta la propia Tierra y todo cuanto hay en ella habrían sido destruidos por la expresión de sus juicios y poderosas manifestaciones de desaprobación, como ocurrió en el Diluvio y en otras ocasiones parecidas. Por lo tanto, el ejercicio que Dios hace de su fuerza no es una liberación de poder ilimitado, sino que está controlada por su propósito, y cuando se merece, atemperado por su misericordia.

De forma similar, si en determinados asuntos Dios opta por hacer uso de su facultad infinita de presciencia de manera selectiva y sólo hasta cierto grado, nadie, ni humano ni ángel, tiene derecho a decirle: "¿Qué estás haciendo?" (Job 9:12; Isaías 45:9; Daniel 4:35). Por lo tanto, no es una cuestión de capacidad, es decir, de lo que Dios puede prever, preconocer o predeterminar, porque "para Dios todas las cosas son posibles" (Mateo 19:26), sino de lo que Dios considere conveniente preconocer y predeterminar, porque "todo lo que se deleitó en hacer lo ha hecho" (Salmo 115:3).

Contrario a la doctrina de la predestinación, varios textos de la Biblia muestran que Dios frecuentemente analiza una situación que se está produciendo y luego decide sobre la base de su examen de los hechos, sin siquiera usar la presciencia futurista. Por ejemplo, Génesis 11:5-8 indica que Dios dirigió su atención a la Tierra con el fin de examinar lo que ocurría en Babel y a continuación tomó medidas para desbaratar la conspiración inicua que había comenzado allí. Cuando Sodoma y Gomorra se vieron sumidas en un ambiente de iniquidad, Jehová le informó a Abrahán que iba a investigar (por medio de sus ángeles) 'para ver si obraban del todo conforme al clamor que acerca de ello había llegado a él, y, si no, podría llegar a saberlo' (Génesis 18:20-22; 19:1). Dios dijo que 'había llegado a conocer a Abrahán', y después que éste estuvo a punto de sacrificar a Isaac, Jehová declaró: "Ahora sé de veras que eres temeroso de Dios, puesto que no has retenido de mí a tu hijo, tu único".

"Presciencia selectiva" es el concepto correcto y significa que Dios podía optar por no preconocer indistintamente todos los actos futuros de sus criaturas. Esto querría decir que en lugar de que toda la historia desde la creación en adelante fuese una simple repetición de lo que Dios ya había previsto y predeterminado, Él podría, con toda sinceridad, colocar ante la primera pareja humana la perspectiva de vida eterna en una Tierra libre de iniquidad. Las instrucciones que Jehová dio a sus dos primeros hijos humanos para que, como sus agentes perfectos y libres de pecado, llenaran la Tierra con su prole, la transformaran en un paraíso y ejercieran control sobre la creación animal, constituían la concesión de un privilegio verdaderamente amoroso y lo que en realidad deseaba para ellos, más bien que ser una comisión condenada al fracaso de antemano. Si Dios hubiera preconocido que la primera pareja humana iba a pecar y que jamás podría comer del "árbol de la vida", la prueba del "árbol del conocimiento de lo bueno y lo malo" y el que hubiese creado un "árbol de la vida" en el jardín de Edén hubieran carecido de sentido y de propósito.

Ofrecer algo muy deseable a otra persona sabiendo de antemano que no podrá cumplir las condiciones para obtenerlo se consideraría un acto hipócrita y cruel. La esperanza de tener vida eterna se presenta en la Palabra de Dios como una meta al alcance de toda persona. Después que Jesús instó a sus oyentes a 'seguir buscando con el fin de hallar' aquellas cosas buenas que proceden de Dios, dijo que un padre no daría una piedra o una serpiente a un hijo que le pidiese pan o pescado. Luego, con el fin de dar a conocer el punto de vista de su Padre respecto a defraudar las legítimas aspiraciones de una persona, añadió: "Por lo tanto, si vosotros, aunque sois inicuos, sabéis dar buenos regalos a vuestros hijos, ¡con cuánta más razón dará su Padre que está en los cielos cosas buenas a los que le piden!" (Mateo 7:7-11).

Así que las invitaciones y oportunidades que Dios coloca delante de todas las personas para que reciban beneficios y bendiciones eternas son de buena fe. Él puede instar a los hombres con toda sinceridad a que 'se vuelvan de sus transgresiones y sigan viviendo', como hizo con el pueblo de Israel. Lógicamente, no podría instarlos de este modo si preconociera que individualmente estaban destinados a morir como practicantes de iniquidad. Jehová le dijo a Israel: "Ni dije yo a la descendencia de Jacob: 'Buscadme sencillamente para nada'. Yo soy Jehová, que hablo lo que es justo, que informo lo que es recto. [...] Dirigios a mí y sed salvos, todos vosotros los que estáis en los cabos de la tierra". (Isaías 45:19-22). De manera similar, el apóstol Pedro escribió: "Jehová no es lento respecto a su promesa [del día venidero en el que se rendirán cuentas], como algunas personas consideran la lentitud, pero es paciente para con vosotros porque no desea que ninguno sea destruido; más bien, desea que todos alcancen el arrepentimiento" (2 Pedro 3:9). Si Dios ya hubiera preconocido y predeterminado con milenios de anticipación exactamente qué individuos recibirían la salvación eterna y cuáles destrucción eterna, bien cabría preguntarse de qué sirve la 'paciencia' de Dios y hasta qué grado es genuino su deseo de que "todos alcancen el arrepentimiento". El apóstol Juan escribió por inspiración que "Dios es amor", y el apóstol Pablo indica que el amor 'espera todas las cosas' (1 Juan 4:8; 1 Corintios 13:4,7). En consonancia con esta sobresaliente cualidad divina, Dios muestra una actitud genuinamente sincera y bondadosa hacia todas las personas, deseando que obtengan la salvación, mientras no demuestren ser indignas y ya no quede esperanza para ellas. Por eso el apóstol Pablo habla de la "cualidad bondadosa de Dios [que] está tratando de conducirte al arrepentimiento" (Romanos 2:4-6).

Finalmente, si por la presciencia de Dios, la oportunidad de recibir los beneficios del sacrificio de rescate de Cristo Jesús ya hubiera estado irrevocablemente cerrada para algunos, quizás para millones de personas, incluso antes de que nacieran, debido a que nunca pudieran ser merecedores de esos beneficios, no podría decirse con sinceridad que el rescate se había hecho disponible para todos los hombres. Es obvio que la imparcialidad de Dios no es una simple metáfora. "En toda nación, el que le teme [a Dios] y obra justicia le es acepto" (Hechos 10:34,35; Deuteronomio 10:17; Romanos 2:11). La opción de buscar a Dios, por si acaso 'buscan a tientas y verdaderamente lo hallan, aunque, de hecho, no está muy lejos de cada uno de nosotros', está disponible para todas las personas (Hechos 17:26,27). Por consiguiente, la exhortación divina que se da al final del libro de Revelación: "Cualquiera que oiga, diga: '¡Ven!'. Y cualquiera que tenga sed, venga; cualquiera que desee, tome gratis el agua de la vida" (Revelación 22:17), no es una esperanza vacía o una promesa hueca.

En todo el registro bíblico, cuando Dios ejerce su presciencia y predeterminación siempre es en consonancia con sus propósitos y su voluntad. "Proponerse" algo significa aspirar a conseguir cierta meta u objetivo poniendo los medios que lo propician. La palabra griega "próthesis", que se traduce "propósito", significa literalmente "lo antepuesto o expuesto antes". Puesto que los propósitos de Dios se cumplirán inevitablemente, Él puede preconocer los resultados, la realización final de sus propósitos, y puede predeterminar tanto esos resultados como los pasos que quizás crea conveniente dar para lograrlos. Por eso se dice que Jehová 'forma' o 'moldea' (del hebreo "yatsar", término relacionado con "alfarero"; Jeremías 18:4) su propósito en lo que respecta a acontecimientos o acciones futuras. En su calidad de Gran Alfarero, Dios "opera todas las cosas conforme a la manera como su voluntad aconseja", en armonía con su propósito, y "hace que todas sus obras cooperen juntas" para el bien de los que lo aman. Por tanto, Dios "declara desde el principio el final, y desde hace mucho las cosas que no se han hecho", específicamente en relación con sus propósitos determinados (Isaías 46:9-13).

Dios creó perfecta a la primera pareja humana, y pudo contemplar los resultados de toda su obra creativa y ver que todo era "muy bueno" (Génesis 1:26,31; Deuteronomio 32:4). En lugar de preocuparse con un sentido de desconfianza por lo que la pareja humana pudiera hacer en el futuro, Dios "procedió a descansar", dice el registro (Génesis 2:2). Pudo hacerlo porque, en virtud de su omnipotencia y sabiduría supremas, ninguna acción, circunstancia o contingencia que surgiera podría convertirse en un obstáculo insalvable o en un problema irremediable que impidiera la realización de su propósito soberano. Por lo tanto, no existe ninguna base bíblica para apoyar los argumentos de los que creen en la predestinación y alegan

que el que Dios se abstuviera así de emplear sus poderes de presciencia pondría en peligro sus propósitos, dejándolos "siempre expuestos al fracaso por falta de previsión, lo que lo obligaría a poner continuamente en orden su sistema cuando éste se desordenara por causa de la contingencia de las acciones de los seres con libre albedrío". El que Dios haga uso de su presciencia de manera selectiva tampoco significa que sus criaturas tengan el poder de "quebrantar las medidas [de Dios], obligarlo a cambiar continuamente su modo de pensar, someterlo a vejación o ponerlo en confusión", como afirman los que creen en la doctrina de la predestinación (Cyclopædia, de M'Clintock y Strong, 1894, volumen 8, página 556). Si ni siquiera los siervos terrestres de Dios tienen verdadera necesidad de 'inquietarse acerca del día siguiente', se desprende que su Creador, para quien las naciones poderosas son "como una gota de un cubo", ni tuvo ni tiene tal ansiedad (Mateo 6:34; Isaías 40:15).

También hay casos en los que Dios preconoció el derrotero que emprenderían ciertos grupos, naciones o la mayoría de la humanidad, y por ello predijo el rumbo básico que seguirían sus acciones futuras y predeterminó la acción que tomaría con ellos. No obstante, esa presciencia o predeterminación no priva a los que integran tales grupos de la humanidad de ejercer su libre albedrío para decidir qué proceder particular quieren seguir, como se ve en los siguientes ejemplos:

- Antes del diluvio del día de Noé, Jehová anunció su propósito de causar una destrucción que resultaría en la pérdida de vidas humanas y animales. No obstante, el relato bíblico muestra que Dios tomó esa determinación después que se manifestaron las condiciones que requirieron tal acción, como la violencia y otras maldades. Además, como Dios puede 'conocer el corazón de los hijos de la humanidad', examinó la situación y descubrió que "toda inclinación de los pensamientos del corazón [de la humanidad] era solamente mala todo el tiempo". Sin embargo, hubo personas, a saber, Noé y su familia, que individualmente obtuvieron el favor de Dios y escaparon de la destrucción.
- Algo similar sucedió en el caso de la nación de Israel: aunque Dios dio a los israelitas la oportunidad de llegar a ser un "reino de sacerdotes y una nación santa" si guardaban su pacto, no obstante, unos cuarenta años después, cuando la nación estaba a punto de entrar en la Tierra Prometida, predijo que quebrantarían su pacto y que Él los abandonaría como nación. En este caso, la presciencia de Dios no carecía de base previa, puesto que ellos ya habían manifestado insubordinación y rebelión a escala nacional. Por consiguiente, Dios dijo: "Porque bien conozco su inclinación que van desarrollando hoy antes de que yo los introduzca en la tierra acerca de la cual he jurado". Dios podía preconocer que la inclinación que manifestaban resultaría en que aumentara su iniquidad, pero eso no hacía que Él, en virtud de su presciencia, fuera responsable de ello, tal como el que alguien sepa de antemano que una determinada estructura que se ha edificado con materiales de poca calidad y de manera deficiente se deteriorará no lo hace responsable de ello. La regla divina que rige es: 'Se siega lo que se siembra' (Gálatas 6:7-9; compárese con Oseas 10:12,13). Ciertos profetas proclamaron advertencias proféticas de las expresiones de juicio que Dios había predeterminado, pero todas se basaban en una condición o actitud de corazón ya existente. Sin embargo, aun en estos casos, había oportunidad para que algunos respondieran individualmente al consejo, la censura y las advertencias de Dios, y así se hicieran dignos de su favor; de hecho, hubo quienes lo hicieron.
- El Hijo de Dios, que también podía leer los corazones humanos, fue dotado por su Padre con poderes de presciencia, de modo que pudo predecir condiciones, sucesos y expresiones de juicio divino que acontecerían en el futuro. Jesús predijo que los escribas y fariseos como clase recibirían el juicio del Gehena, pero con ello no quiso decir que cada fariseo o escriba estuviera condenado de antemano a la destrucción, como lo muestra el caso del apóstol Pablo. Jesús predijo ayes para Jerusalén y otras ciudades que no querían arrepentirse, pero no indicó que su Padre hubiera predeterminado que cada persona de esas ciudades sufriría ese castigo. También preconocía en qué resultaría la inclinación y actitud de corazón de la humanidad, y predijo las condiciones que existirían entre la humanidad para el tiempo de la "conclusión del sistema de

cosas", y también cómo se irían realizando los propósitos de Dios. Los apóstoles de Jesús también pronunciaron profecías que manifestaban la presciencia de Dios con respecto a ciertas clases, como el "anticristo", y también el fin que tales clases tienen predeterminado.

Además de emplear su presciencia con respecto a clases de personas, también lo ha hecho en relación con determinadas personas. Entre estos están: Esaú y Jacob (mencionados antes), el Faraón del éxodo, Sansón, Salomón, Josías, Jeremías, Ciro, Juan el Bautista, Judas Iscariote y el propio Hijo de Dios, Jesús. En los casos de Sansón, Jeremías y Juan el Bautista, Jehová hizo caso de su presciencia antes de que nacieran. Sin embargo, Dios no especificó cuál iba a ser su destino final, pero sí predeterminó que Sansón viviría conforme al voto de los nazareos e iniciaría la liberación de Israel de los filisteos, que Jeremías sería profeta y que Juan el Bautista haría una obra preparatoria como precursor del Mesías. Aunque se les favoreció mucho con dichos privilegios, este hecho no garantizaba que obtendrían salvación eterna, ni siquiera que permanecerían fieles hasta la muerte (aunque los tres lo hicieron). Jehová predijo que uno de los muchos hijos de David sería llamado Salomón y predeterminó que ése sería quien edificaría el templo. No obstante, aunque se le favoreció de esta manera y hasta tuvo el privilegio de escribir ciertos libros de las Santas Escrituras, Salomón cayó en la apostasía en los últimos años de su vida. En el caso de Esaú y Jacob, la presciencia de Dios tampoco fijó sus destinos eternos; lo que hizo fue determinar o predeterminar cuál de los grupos nacionales que descenderían de ellos conseguiría una posición dominante sobre el otro. Al prever que dominaría Jacob, también se mostró que él sería quien obtendría el derecho de primogénito, lo que conllevaba el privilegio de pertenecer al linaje por medio del cual vendría la "descendencia" abrahámica. De este modo, Jehová Dios dejó claro que cuando selecciona individuos para usarlos de determinada manera, no se rige por las costumbres o procedimientos usuales que se conforman a las expectativas humanas. Tampoco se ve obligado a otorgar ciertos privilegios únicamente sobre la base de obras, de modo que alguien pudiera llegar a creer que se ha 'ganado el derecho' a tales privilegios y que 'se le deben'. El apóstol Pablo destacó este punto cuando mostró por qué Dios, por su bondad inmerecida, pudo conceder a las naciones gentiles privilegios que en otro tiempo parecía que estaban reservados a Israel. La cita que Pablo hace de que Jehová 'amó a Jacob [Israel] y odió a Esaú [Edom]' corresponde a Malaquías 1:2,3, escrito mucho después del tiempo de Jacob y Esaú. De modo que la Biblia no dice necesariamente que Jehová tuviera esa opinión de los gemelos antes de su nacimiento, aunque es un hecho probado científicamente que gran parte de la manera de ser y del temperamento de un niño se determinan al tiempo de la concepción como consecuencia de los factores genéticos aportados por cada uno de los padres, y es obvio que Dios puede ver esos factores. David dijo que Jehová vio 'hasta su embrión'. No es posible decir hasta qué grado afectó eso a la predeterminación de Jehová concerniente a los dos muchachos, pero, de todos modos, el que escogiera a Jacob en lugar de a Esaú no significó en sí mismo que condenaba a la destrucción a Esaú o a sus descendientes, los edomitas. Hasta algunos cananeos, cuyos pueblos habían sido maldecidos, tuvieron el privilegio de asociarse con el pueblo que estaba en relación de pacto con Dios y recibieron bendiciones. (Génesis 9:25-27; Josué 9:27). El "cambio de parecer" que Esaú buscó encarecidamente con lágrimas sólo fue un intento infructuoso de alterar la decisión de su padre Isaac de que la bendición especial correspondiente al primogénito aplicara por entero a Jacob. Por lo tanto, esto indicó que Esaú no sentía ningún arrepentimiento ante Dios por su actitud materialista.

La profecía de Jehová concerniente a Josías requería que algún descendiente de David se llamara así, y además predijo que ese rey tomaría acción contra la adoración falsa que se practicaba en la ciudad de Betel. Más de tres siglos después, un rey con ese nombre cumplió esta profecía. Sin embargo, no prestó atención a "las palabras de Nekó procedentes de la boca de Dios", lo que resultó en su muerte (2 Crónicas 35:20-24). Por lo tanto, aunque Dios lo preconoció y predeterminó para hacer un trabajo específico, Josías era una persona con libre albedrío que podía escoger entre obedecer o no hacerlo. De manera similar, Jehová predijo con casi dos siglos de anterioridad que se valdría de un conquistador llamado Ciro para liberar a los judíos de Babilonia. No obstante, la Biblia no dice que el gobernante persa que se llamó así en cumplimiento de la profecía divina se hiciese adorador verdadero de Jehová; de hecho, la historia seglar muestra que continuó adorando a dioses falsos.

Estos casos de presciencia antes del nacimiento de la persona no están en pugna con las cualidades reveladas de Dios y las normas que Él ha declarado. Tampoco hay nada que indique que Dios haya obligado a aquellas personas a obrar contra su voluntad. En los casos del Faraón, de Judas Iscariote y del propio Hijo de Dios, no hay prueba alguna de que Jehová haya empleado su presciencia antes de que llegaran a existir. En cada uno de estos casos quedan reflejados algunos principios relacionados con la presciencia y predeterminación divinas. Uno de esos principios es que Dios pone a prueba a una persona, bien al ocasionar o dar lugar a que ocurran determinadas circunstancias o acontecimientos, o al hacer que esa persona escuche sus mensajes inspirados, con el fin de que ejerza su libre albedrío y tome una decisión que revele a la vista de Jehová cuál es la inclinación de su corazón. De acuerdo con la respuesta de la persona, Dios puede también amoldarla en el derrotero que ella ha escogido de propia voluntad. Así que "el corazón del hombre terrestre" tiene que inclinarse primero en una determinada dirección antes de que Jehová proceda a dirigir sus pasos (Proverbios 16:9; Salmo 51:10). Cuando se halla bajo prueba, el corazón puede adoptar una actitud invariable, bien para endurecerse en un proceder de injusticia y rebelión o para reafirmarse en su devoción inquebrantable a Jehová Dios y en su determinación a hacer Su voluntad. Una vez que la persona ha llegado a ese extremo por decisión propia, las consecuencias de su derrotero pueden predeterminarse y predecirse sin violentar su derecho a ejercer libre albedrío y sin que se haga injusticia. El caso del fiel Abrahán, que ya se ha examinado, ilustra bien estos principios. Un caso opuesto fue el del insensible Faraón del éxodo. Jehová previó que no autorizaría la salida de los israelitas "salvo por una mano fuerte", y predeterminó la plaga que resultaría en la muerte de su primogénito. A menudo se ha interpretado mal la consideración que hace el apóstol Pablo de cómo actuó Dios con el Faraón, como si Dios endureciese el corazón de las personas arbitrariamente, conforme a su propósito predeterminado, sin tomar en cuenta la inclinación o actitud de corazón que esas personas hayan tenido antes. Según muchas traducciones, Dios advirtió a Moisés que 'endurecería el corazón [del Faraón]' (Éxodo 4:21). No obstante, algunas versiones traducen el relato bíblico de manera que diga: "Yo dejaré que a él se le haga obstinado el corazón" (NM); "Yo permitiré que quede endurecido ["dejaré se endurezca"; BC, nota] su corazón" (CJ). De igual manera, el apéndice de la traducción al inglés de Rotherham muestra que en hebreo a menudo se presentan las circunstancias o el permiso de un suceso como si fueran la causa del mismo, y que incluso mandatos positivos han de aceptarse ocasionalmente con tan sólo el sentido de permiso. Por ejemplo, el texto hebreo original dice en Éxodo 1:17 que las parteras "hacían que los niños varones vivieran", cuando la realidad era que, al no darles muerte, les permitían vivir. Después de citar como apoyo a los doctos hebreos M. M. Kalisch, H. F. W. Gesenius y B. Davies, Rotherham comenta que el sentido hebreo de los textos relacionados con el Faraón es que "Dios permitió que Faraón endureciera su corazón —le dejó permanecer—, le dio la oportunidad, la ocasión, de que saliera la iniquidad que había en él. Eso es todo". (The Emphasised Bible, apéndice, página 919; compárese con Isa 10:5-7). Un hecho que corrobora este punto de vista es que el propio registro bíblico indica claramente que fue el propio Faraón quien "endureció su corazón". De modo que actuó según su voluntad y siguió su inclinación terca, lo que condujo a unos resultados que Jehová ya había previsto y predicho con exactitud. Las repetidas oportunidades que Jehová dio a Faraón le obligaron a tomar decisiones, y a medida que las tomaba, iba endureciendo su actitud. Como lo muestra el apóstol Pablo al citar Éxodo 9:16, Jehová permitió que la situación tomara este curso a lo largo de las diez plagas para poner de manifiesto Su poder y hacer que Su nombre se conociera por toda la Tierra (Romanos 9:17,18).

¿Predestinó Dios a Judas para que traicionara a Jesús de modo que se cumpliera la profecía? El proceder traidor de Judas Iscariote cumplió profecía divina y demostró la presciencia de Jehová, así como también la de su Hijo. No obstante, no puede afirmarse que Dios predeterminó o predestinó específicamente a Judas para que siguiera tal proceder. Las profecías habían predicho que uno de los asociados íntimos de Jesús lo traicionaría, pero no especificaron cuál de ellos sería. También en este caso los principios bíblicos excluyen la posibilidad de aducir que Dios predestinó el comportamiento de Judas. El apóstol Pablo mencionó la siguiente norma divina: "Nunca impongas las manos apresuradamente a ningún hombre; ni seas partícipe de los pecados ajenos; consérvate casto". (1 Timoteo 5:22; compárese con 3:6). Jesús se

interesó en seleccionar sabiamente y con el debido rigor a sus doce apóstoles, pues antes de dar a conocer su decisión, pasó toda una noche orando a su Padre. Si hubiera estado predestinado que Judas fuese un traidor, la guía de Dios hubiese sido inconsecuente y, según su propia norma, se hubiese hecho partícipe de los pecados que Judas cometió. Por consiguiente, se desprende que cuando se seleccionó a Judas para ser apóstol, su corazón aún no daba indicios de tener una actitud traicionera. Él permitió que 'brotara una raíz venenosa' y lo contaminara, de modo que se desvió y que aceptó la dirección del Diablo en lugar de la de Dios, lo que le llevó al robo y la traición. Cuando su desviación llegó a un determinado punto, Jesús mismo pudo leer el corazón de Judas y predecir su traición. Es verdad que en Juan 6:64, después de indicar que algunos discípulos habían tropezado debido a ciertas enseñanzas de Jesús, leemos que "Jesús supo desde el principio ["desde el primer momento" (LT); "desde un principio" (FF)] quiénes eran los que no creían y quién era el que lo traicionaría". Si bien la palabra "principio" (griego arkjé) se usa en 2 Pedro 3:4 para referirse al comienzo de la creación, también puede hacer alusión a otras ocasiones. Por ejemplo, cuando el apóstol Pedro dijo que el espíritu santo se había derramado sobre los gentiles "así como también había caído sobre nosotros en el principio", obviamente no se refería al comienzo de su discipulado o de su apostolado, sino a un momento importante de su ministerio, a saber, el día del Pentecostés de 33 de la EC, "el principio" del derramamiento del espíritu santo con un propósito determinado. En consecuencia, es de interés notar el comentario que se hace en el "Commentary on the Holy Scriptures" sobre Juan 6:64: "Principio [...] no significa de manera metafísica desde el principio de todas las cosas [...], ni desde el principio de conocer Él [Jesús] a cada uno [...], ni desde el principio de congregar Él a los discípulos en torno de sí, ni desde el principio de Su ministerio mesiánico [...], sino desde los primeros gérmenes secretos de incredulidad [que hicieron tropezar a algunos discípulos]. Con relación a esto Él conoció al que lo traicionaría desde el principio" (de Lange, traducción y edición de P. Schaff, 1976, página 227; compárese con 1 Juan 3:8,11,12).

Jehová Dios preconoció y predeterminó los sufrimientos, muerte y resurrección del Mesías. La realización de lo que Dios había predeterminado por su presciencia dependía en parte de Su propio poder y de las acciones de algunos hombres, que se prestaron voluntarios a la influencia del adversario de Dios, Satanás el Diablo. No obstante, así como los cristianos del tiempo de Pablo 'no estaban en ignorancia de los designios de Satanás', Dios podía prever los deseos y recursos inicuos que el Diablo idearía en contra de Jesucristo, el Ungido de Dios. Además, Dios podía emplear su poder a fin de deshacer u obstaculizar cualquier ataque contra el Mesías que no se ajustara al tiempo y la manera señalados en la profecía. Las palabras de Pedro en cuanto a que Cristo, como el Cordero de sacrificio de Dios, había sido "preconocido antes de la fundación [una forma del término griego katabolé] del mundo [kosmou]", son interpretadas por los defensores de la predestinación en el sentido de que Dios ejerció tal presciencia antes de la creación de la humanidad. La palabra griega katabolé, traducida "fundación", tiene el sentido literal de "lanzamiento hacia abajo", y puede referirse a 'la concepción de descendencia', como en Hebreos 11:11. Aunque el que Dios creara a la primera pareja humana fue la "fundación" de un mundo de la humanidad, como se muestra en Hebreos 4:3,4, esa pareja perdió después la posición que tenían como hijos de Dios. No obstante, por la bondad inmerecida de Dios, se les permitió concebir descendencia y producir prole, y de uno de sus hijos la Biblia dice específicamente que se ganó el favor de Dios y se colocó en condición de ser redimido y salvado, a saber, Abel. Es digno de mención que en Lucas 11:49-51 Jesús hace alusión a "la sangre de todos los profetas vertida desde la fundación del mundo" y pone esto en paralelo con las palabras "desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías". Así que Jesús relacionó a Abel con la "fundación del mundo". El Mesías o el Cristo habría de ser la prometida Descendencia por medio de la que se bendecirían todas las personas justas de todas las familias de la Tierra. La primera vez que se mencionó esa "descendencia" fue después de la rebelión en Edén y antes del nacimiento de Abel (Génesis 3:15). Esto fue más de cuatro mil años antes de que se revelara inequívocamente que el "secreto sagrado" era la "descendencia" o simiente mesiánica. Por lo tanto, puede decirse sin lugar a dudas que ese "secreto" fue "guardado en silencio por tiempos de larga duración". A su tiempo debido, Jehová Dios asignó a su propio Hijo primogénito para que cumpliera el papel profético de la "descendencia" y llegara a ser el Mesías. No hay nada que muestre que

ese Hijo estuviera predestinado a desempeñar esa función aun antes de su creación o de que estallara la rebelión en Edén. El que con el tiempo Dios lo escogiera para que se encargara de cumplir las profecías tampoco se hizo sin que hubiera una base previa. El período de íntima asociación entre Dios y su Hijo antes de que éste fuera enviado a la Tierra indudablemente resultó en que Jehová lo 'conociera' a tal grado que pudiera estar seguro de que cumpliría fielmente las promesas y los cuadros proféticos.

Todavía quedan por explicar los textos que tratan acerca de aquellos cristianos que han sido "llamados" o "escogidos". Se dice que son "escogidos según la presciencia de Dios" (1 Pedro 1:1,2), 'escogidos antes de la fundación del mundo', 'predeterminados a la adopción como hijos de Dios' (Efesios 1:3-5,11), 'elegidos desde el principio para la salvación y llamados a este mismo destino' (2 Tesalonicenses 2:13,14). El sentido de estos textos depende de que se refieran a la predeterminación de ciertas personas individuales o de que hablen de la predeterminación de una clase de personas, a saber, la congregación cristiana, el "solo cuerpo" (1 Corintios 10:17) de los que serán coherederos con Cristo Jesús en su Reino celestial. En caso de que estas palabras aplicaran a individuos específicos que han sido predeterminados a la salvación eterna, querrían decir que esas personas nunca podrían resultar infieles ni fallar en su llamada, puesto que la presciencia de Dios en su caso no podría resultar inexacta y el que Él los predeterminara a cierto destino jamás podría fracasar o ser frustrado. No obstante, los mismos apóstoles a los que se inspiró para escribir las palabras supracitadas mostraron que algunos que fueron 'comprados' y 'santificados' por la sangre del sacrificio de rescate de Cristo y que habían "gustado la dádiva gratuita celestial" y habían "llegado a ser participantes de espíritu santo [...] y los poderes del sistema de cosas venidero" apostatarían sin posibilidad de arrepentimiento, y así se acarrearían destrucción. Los apóstoles instaron unidamente a aquellos a quienes escribieron: "Hagan lo sumo por hacer seguros para sí su llamamiento y selección; porque si siguen haciendo estas cosas no fracasarán nunca", y: "Sigan obrando su propia salvación con temor y temblor" (2 Pedro 1:10,11; Filipenses 2:12-16). Es obvio que Pablo, quien fue "llamado a ser apóstol de Jesucristo", no se consideró como persona predestinado a la salvación eterna, puesto que habla de sus vigorosos esfuerzos por tratar de alcanzar "la meta para el premio de la llamada hacia arriba por Dios" (Filipenses 3:8-15) y también expresa su preocupación de 'no llegar a ser desaprobado de algún modo' (1 Corintios 9:27). De manera similar, el que se les conceda "la corona de la vida" está sujeto a que permanezcan fieles bajo pruebas hasta la mismísima muerte; en caso contrario, pueden perder la corona de su correinado con el Hijo de Dios. El apóstol Pablo expresó su confianza en que tendría "reservada la corona de la justicia" sólo después de tener la certeza de que se acercaba el fin de su vida, cuando casi había "corrido la carrera hasta terminarla". Por otra parte, si se entiende que los textos citados antes aplican a una clase, es decir, a la congregación cristiana o "nación santa" de los llamados considerada en conjunto, entonces significan que Dios preconoció y predeterminó que llegaría a existir dicha clase (pero no qué personas específicas la formarían). En ese caso, también querrían decir que Él prescribió o predeterminó, según su propósito, el "modelo" al que tendrían que conformarse los que, a su debido tiempo, fueran llamados para ser miembros de ella. Dios también predeterminó qué obras se esperaba que éstos llevaran a cabo, así como el hecho de que serían probados debido a los sufrimientos que el mundo les causaría.

Los pueblos paganos de la antigüedad, entre ellos los griegos y los romanos, creían que los dioses predeterminaban el destino de una persona, en particular la duración de su vida. La mitología griega atribuía el control de los destinos del hombre a tres deidades: Cloto (la hilandera), que hilaba la trama de la vida; Láquesis (la que da a cada uno su lote), que determinaba la duración de la vida, y Átropo (la inflexible), que ponía fin a la vida de una persona cuando se cumplía su tiempo. Los romanos también tuvieron una tríada similar. Según el historiador judío Josefo (siglo I de la EC), los fariseos procuraron conciliar el concepto del destino con su creencia en Dios y el principio del libre albedrío que Dios otorgó al hombre (La Guerra de los Judíos, libro II, capítulo VIII, sección 14; Antigüedades Judías, libro XVIII, capítulo I, sección 3). En la obra "The New Schaff-Herzog Encyclopedia of Religious Knowledge", se hace el siguiente comentario: "Antes de Agustín [siglos IV y V de la EC] no hubo en el cristianismo un desarrollo serio de la teoría de la predestinación". Y la "Encyclopædia of Religion and Ethics", de Hastings, 1919, volumen 10, página 231) dice a este respecto que los "padres de la Iglesia" anteriores a Agustín —entre ellos

Justino, Orígenes e Ireneo— "no tuvieron conocimiento alguno del concepto de la predestinación incondicional; enseñaron el principio del libre albedrío". Al refutar las doctrinas propias del gnosticismo, estos "padres de la Iglesia" por lo general se apoyaron en la creencia de que la facultad del libre albedrío era "la característica distintiva de la personalidad humana, la base de su responsabilidad moral, un don divino que le permitía al hombre optar por hacer las cosas que agradan a Dios", y hablaron de "la autonomía del hombre ante Dios, cuyo consejo no le constreñía" (The New Schaff- Herzog Encyclopedia of Religious Knowledge, edición de S. Jackson, 1957, volumen 9, páginas 192, 193)».

Conclusión.

Lo anteriormente expuesto nos lleva de nuevo a pensar que ninguna criatura inteligente puede acceder por cuenta propia a leer el futuro con tanta precisión como para obtener la omnisciencia, sino que todo intento de predicción que efectúe en este sentido adolecerá de cuantiosas inexactitudes de base que harán que sus vaticinios queden expuestos irremediabilmente al aborto; y sólo la casualidad (no el conocimiento pericial absoluto) podría ocasionarle algún que otro acierto favorable, aunque incompleto, si el problema que trata de resolver es de talante relativamente sencillo (por ejemplo, vaticinios cercanos en el tiempo y de carácter poco complejo). Por su parte, el Creador posee omnisciencia y omnipotencia y, en consecuencia, es el Único ser capaz de aproximar tanto como desee sus predicciones a la realidad futura.

Índice.

Introducción (página 1).

Tiempo. Realidad. Diseño creativo. Adaptación circunstancial (página 1).
 Diseño creativo. Diseño. Dieta vegetariana. Vocabulario básico (página 2).
 Adaptación circunstancial. Poligamia. Lamec. Concubinato. Jacob. Monogamia (página 2).
 Transcurso del tiempo. Cuarto día creativo. Diseño creativo y tiempo (página 3).

Determinismo o indeterminismo (página 3).

Tiempo. Conocer el futuro. Unigénito de Dios. Jesús de Nazaret. Fin del mundo (página 3).
 Doctrina de la predestinación. Determinismo. Determinismo religioso (página 4).
 Predestinación. Estoicos. Zenón de Citio. Ética. Autarquía. Ataraxia. Apatía (página 4).
 Leyes naturales. Lógica. Física. Ética. Doctrina estoica. Realidad. Materia inerte (página 4).
 Principio activo. Dios. Logos. Pneuma. Razón. Fuego primordial. Estoicismo (página 4).
 Principio pensante. Logos. Dios. Panteísmo. Heráclito. Ectopirosis (página 4).
 Eterno retorno (página 5). Teleología. Logoi spermatokoi. Cosmos estoico (página 5).
 Destino. Providencia. Determinismo (página 5).
 Baruch Spinoza. Friedrich Nietzsche. Bien. Mal. Pneuma. Rúaj. Espíritu. Aliento (página 6).
 Pnéo. Rúaj. Psikjé. Alma. Filosofía. Preguntas existenciales. Lógica. Física. Ética (página 7).
 Ética y felicidad. Virtud. Areté. Racionalidad. Física. Libertad. Resignación estoica (página 7).
 Raciocinio. Cosmos. Canibalismo. Incesto. Zenón de Citio. Virtud estoica. Razón estoica (página 8).
 Pasiones. Alma. Apatía estoica. Realidad estoica. Ética estoica. Ataraxia (página 8).
 Voz de la conciencia. Sufrimiento divino. Abrahán. Isaac (página 8).
 Empatía divina (página 9).
 Voz de la conciencia. Cosmopolita. Rajam. Misericordia. Piedad. Compasión divina (página 10).
 Séneca. Empatía. Compasión. Jefté (página 11).
 Redención. Determinismo. Teorías de Newton. Principio de causalidad. Laplace (página 12).
 Determinismo mecanicista. Fatalismo. Determinismo absoluto (página 12).
 Determinismo causal. Determinismo teleológico. Determinismo metodológico (página 13).
 Determinismo absoluto. Método científico. Determinismo experimental (página 13).
 Mecánica cuántica. Principio de indeterminación de Heisenberg. Poincaré (página 13).
 Teoría del caos. Mesa de billar (página 13).
 Filosofía científica. Metaciencia. Teoría de sistemas complejos. Reduccionismo (página 14).
 Simplismo teórico. Complejismo. Simplismo. Infancia del conocimiento (página 14).
 Teoría complejista. Propiedades emergentes. Autoorganización. Diseño inteligente (página 14).
 Realimentación. Retroalimentación. Sinergia. Retroalimentación lineal. Emergencia (página 14).
 Mente (página 14).
 Aumento geométrico. Aumento aritmético. Propiedades emergentes (página 15).
 Niveles de organización (página 15).
 Máxima complejidad. Navaja de Ockham. Reduccionismo. Simplismo (página 16).
 Reduccionismo radical. Teoría darwiniana. Teoría evolucionista (página 16).
 Gran tribulación. Paradigma materialista-evolucionista. Navaja de Ockham (página 17).
 Tecnología. Ciencia. Método reduccionista. Método complejista. Teorías evolucionistas (página 17).
 Hitler. Darwinismo sociopolítico. Nacionalsocialismo. Evolucionismo altruista. Altruismo (página 18).
 Egoísmo. Altruismo relativo. Altruismo absoluto. Diseñador inteligente (página 18).
 Cooperatividad. Competitividad (página 18).
 Determinismo. Determinismo fuerte. Determinismo débil. Determinación (página 19).
 Predictibilidad (página 19).

Predestinación o no predestinación (página 19).

Determinismo fuerte. Prospectiva. Predicciones. Pronósticos. Determinismo individual (página 20).

Determinismo colectivo. Marvin Harris. Determinismo probabilista. Determinismo débil (página 20).
Determinismo económico. Karl Marx. Determinismo tecnológico. Jared Diamond (página 20).
Escuela de Toronto. Determinismo geográfico (página 20).
Friedrich Ratzel. Ellen Churchill Semple. Determinismo climático. Ellsworth Huntington (página 20).
Jared Diamond. Hobbes. Determinismo de clase. Determinismo individualista fuerte (página 21).
Determinismo biológico. Determinismo genético. Determinismo ambiental o educacional (página 21).
Determinismo conductista. Skinner. Watson. Determinismo psíquico (página 21).
Determinismo lingüístico. Sapir-Whorf. Pierre Simon Laplace. Albert Einstein (página 22).
Mecánica clásica. Relatividad. Karl Popper. Ilya Prigogine. López Corredoira (página 22).
Determinismo. Predictibilidad. Mecánica cuántica. Aleatoriedad (página 22).
Generadores aleatorios. Determinismo fuerte. Determinismo débil (página 22).
Determinismo cosmológico (página 22).
Predictibilidad. Determinismo religioso. Calvinismo. Libre albedrío. Predestinación (página 23).
Determinismo teológico. Agustín. Juan Calvino (página 23).
Previsibilidad. Predestinación. Omnisciencia. Atemporalidad. Preordenación (página 24).
Preordenación. Predestinación. Libre albedrío. Agustín. Reforma. Lutero. Calvino (página 25).
Jansenistas. Port-Royal. Arminianos (página 25).
Arminianos. Jacobus Arminio. Dordrecht. Predestinación. Libre albedrío. Agustín (página 26).
Presciencia (página 26).

Presciencia y predeterminación (página 28).

Presciencia. Horizonte. Preconocer. Predeterminar (página 28).

Libre albedrío. Doctrina de la predestinación. Omnisciente (página 29).

Perfección. Imperfección. Presciencia selectiva (página 30).

Cloto. Láquesis. Átropo. Fariseos. Agustín (página 36).

Conclusión (página 37).